Pierre Klossowski

Roberte, esta noche

Ilustraciones del autor

La sonrisa vertical



El que cuenta la historia de la enigmática Roberte y de su anciano marido Octave es el joven sobrino Antoine, quien, a la edad de trece años, fue adoptado por su tío, un eminente profesor de escolástica que, según Antoine, «padecía su felicidad conyugal como na enfermedad». Para encontrar alivio, Octave decide introducir en su vida una perversa ley de hospitalidad. Así, instigada por su marido, Roberte se ve envuelta en le extraño ritual de ofrecer su hermoso cuerpo a cualquier huésped que lo desee. Pero ¿es realmente Roberte tan sólo un cuerpo que se ofrece, un instrumento de la voluntad ajena, fuente compartida de placer entre un viejo «voyeur» y un joven excitado por el deseo? Antoine, que vive una adolescencia agitada en la enrarecida atmósfera de esa casa y que siente una violenta pasión por su tía, va introduciendo paulatinamente al lector en la misteriosas ceremonias de una sexualidad que se sitúa más allá de toda prohibición, más allá de toda moral establecida, en el terreno virgen del erotismo en plena libertad.



Pierre Klossowski

Roberte, esta noche

La sonrisa vertical - 102

ePub r1.1
Titivillus 07.11.16

Título original: *Roberte, ce noir*
Pierre Klossowski, 1953
Traducción: Michèle Alban & Juan García Ponce
Ilustraciones: Pierre Klossowski

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





www.epublibre.org

Aniversario

EDICIÓN CONMEMORATIVA

… cuius abditis adhuc
vitis congruebat.

Tácito

Mi tío Octave, el eminente profesor de escolástica de la Facultad de…, sufría de su felicidad conyugal como de una enfermedad y estaba seguro de curarse apenas la hubiera hecho contagiosa. Mi tía Roberte tenía ese tipo de belleza grave apto para disimular singulares propensiones a la ligereza; uno se considera disminuido al descubrirlas, y cree que debe lamentar no haber tenido más decisión. Es extraño que mi mismo tío llegara a creerse la primera víctima de este equívoco; mi tía, que se daba cuenta, se había encerrado en una actitud hostil por completo a todas sus ideas. Cuanto más adoptaba esta actitud, más la juzgaba enigmática mi tío; para liberarse de su perplejidad, no había sabido encontrar nada mejor que introducir en su forma de vida una ley de la hospitalidad que se considera vergonzosa en nuestras tradiciones. Mi tía era considerada una mujer «emancipada», pero en eso también se equivocaba mi tío; es evidente que ella no había podido sino desaprobar esa innovación; pero lo que también es cierto es que había tenido que someterse más de una vez a esa costumbre. Así es como me explico hoy la atmósfera de la casa donde pasé una adolescencia tan agitada. Mi tía me trataba como a un hermano y el profesor había hecho de mí su discípulo preferido. Lo más extraordinario es que yo serví de pretexto para la práctica de esa hospitalidad realizada a costa de mi tía.

Tenía trece años cuando fui adoptado por los Octave. Mi tío juzgó necesario ponerme un preceptor. Así tuve sucesivamente tres que fueron escogidos todos entre sus conocidos. Ellos recibían mucha gente en su residencia de verano. De pronto, un invitado cualquiera era declarado responsable de mi educación, después, al cabo de unos meses, a veces al cabo de unas semanas, desaparecía.

Es cierto que mi tía Roberte había despertado en mí una pasión violenta. Pero mi tío, habiendo adivinado mi turbación, la aprovechaba de manera pérfida para contemplar en mi persona su propia perversidad. Como en todos los jóvenes de mi edad, la pasión que yo sentía quería ser lo más platónica posible. Mi tío supo convertirla en un nido de víboras, pues ¿cómo se puede llamar de otro modo el monstruoso amasijo de deseos carnales y espirituales que se formó muy pronto en mi corazón después de la tortura mental que me infligió? Como todo eso, para mí, no tiene más que un interés limitado y en cambio el comportamiento del profesor muestra en qué tipo de trampas puede hacer caer el lenguaje al pensamiento más lúcido, me ha parecido útil anotar algunas de sus digresiones y reproducirlas en el contexto de esa singular experiencia de mis años de estudiante.

Dificultades

Cuando mi tío Octave tomaba en sus brazos a mi tía Roberte, no hay que creer que era el único en hacerlo. Un invitado entraba cuando Roberte, atenta sólo a la presencia de mi tío, no lo esperaba, y cuando ella temía que el invitado viniera, porque Roberte esperaba a algún invitado irresistiblemente resuelto, el invitado surgía ya detrás de ella, mientras que era mi tío el que entraba, justo a tiempo para sorprender el satisfecho terror de mi tía, sorprendida por el invitado. Pero en el ánimo de mi tío eso no duraba más que un instante y de nuevo estaba a punto de tomarla en sus brazos. Eso no duraba más que un instante…, porque en última instancia, uno no puede tomar y no tomar a la vez, estar allí y no estar, entrar cuando se está en el interior. Mi tío Octave pedía demasiado si quería prolongar el instante de la puerta abierta, por lo que ya era bastante que pudiese obtener que el invitado apareciera en la puerta y que en ese mismo instante el invitado surgiera detrás de Roberte para permitir a Octave sentirse él mismo el invitado cuando, tomando prestado del invitado el gesto de abrir la puerta, viniendo de fuera, podía desde allí verlos con la sensación de que era él, Octave, el que sorprendía a mi tía.

Nada puede dar una idea más exacta de la mentalidad de mi tío que estas páginas manuscritas que había hecho enmarcar para colocarlas en la pared del cuarto reservado a los invitados, justo encima de la cama, con unas flores de campo que se marchitaban sobre el marco de estilo antiguo:

El señor de estos lares, no teniendo preocupación más urgente que irradiar su alegría sobre cualquiera que, de noche, venga a compartir su mesa y a descansar bajo su techo de las fatigas del camino, espera con ansiedad en el umbral de su casa al extranjero al que verá despuntar en el horizonte como un libertador. Y desde tan lejos como lo vea venir, el señor de estos lares se apresurará a gritarle: «Entra rápido, que tengo miedo de mi felicidad». Por eso, el señor de estos lares estará de antemano agradecido a cualquiera que, en vez de considerar la hospitalidad como un accidente en el alma de aquel y de aquella que la ofrecen, la tomará como la esencia misma del anfitrión y la anfitriona, y el extranjero mismo vendrá como tercero a compartir esa esencia a título de invitado. Porque el señor de estos lares busca en el extranjero al que recibe una relación ya no accidental sino esencial. Uno y otro no son en principio más que sustancias aisladas, sin otra comunicación entre sí que no sea siempre sino accidental: tú, que te crees lejos de tu casa con uno que crees que está en su casa, no aportas más que los accidentes de tu sustancia, en cuanto que hacen de ti un extranjero, a aquel que te recibe con todo lo que hace que él mismo no sea sino un anfitrión accidental. Pero puesto que el señor de estos lares invita aquí al extranjero a remontarse a la fuente de todas las sustancias más allá de todo accidente, inaugura así una relación sustancial entre él mismo y el extranjero, que en verdad será una relación ya no relativa, sino absoluta, como si, habiéndose confundido el dueño con el extranjero, su relación contigo, que acabas de entrar, no fuera ya sino una relación de sí consigo mismo.

Con ese fin, el anfitrión se actualiza en el invitado o, si quieres, actualiza una posibilidad del invitado, tanto como tú, el invitado, una posibilidad del anfitrión. La más eminente delectación del anfitrión tiene por objeto la actualización en la señora de estos lares de la esencia inactual de la anfitriona. Y ¿a quién incumbe ese deber

sino al invitado? ¿Quiere esto decir que el señor de estos lares esperaría una traición por parte de la señora de estos lares? Ahora bien, parece que la esencia de la anfitriona, tal como se la representa el anfitrión, sería en ese sentido indeterminada y contradictoria. Pues o bien la esencia de la anfitriona está constituida por su fidelidad al anfitrión, y entonces escaparía tanto más a él cuanto más quisiera justamente conocerla en el estado contrario de la traición: ella no podría traicionarlo para serle fiel; o bien la esencia de la anfitriona está en verdad constituida por la infidelidad, y entonces el anfitrión no participará de la esencia de la anfitriona que fuera susceptible de pertenecer, accidentalmente, en cuanto señora de estos lares, a uno de los invitados. La noción de señora de estos lares se toma bajo la razón de existencia; ella no es una anfitriona sino bajo la razón de la esencia: esa esencia está por lo tanto limitada por su actualización en la existencia en cuanto señora de estos lares. Y la traición no tiene aquí otra función que romper esa limitación. Si la esencia de la anfitriona reside en la fidelidad al anfitrión, eso permite al anfitrión hacer surgir ante los ojos del invitado a la anfitriona, esencial en la señora de estos lares existente; porque el anfitrión en cuanto anfitrión debe jugar bajo riesgo de perder, puesto que cuenta con ella para la estricta aplicación de las leyes de la hospitalidad y puesto que ella no podría sustraerse a su esencia, hecha de fidelidad al anfitrión por temor de que, en los brazos del inactual invitado llegado para actualizarla en cuanto anfitriona, la señora de estos lares no existiera más que traicioneramente.

Si la esencia de la anfitriona residiera en la infidelidad, por más que el anfitrión juegue, habrá perdido de antemano. Pero el anfitrión quiere conocer el riesgo de perder y considera que perdiendo más bien que ganando de antemano, apresará a cualquier precio la esencia de la anfitriona en la infidelidad de la señora de estos lares. Porque lo que él quiere, es poseerla infiel, en cuanto anfitriona que está cumpliendo fielmente sus

deberes. Desea pues actualizar mediante el invitado algo que está en potencia en la señora de estos lares: una anfitriona actual en relación con ese invitado, inactual señora de estos lares en relación con el anfitrión.

Si la esencia de la anfitriona permanece así indeterminada, porque al anfitrión le parece que se le escaparía algo de la anfitriona en el caso de que esa esencia no fuese más que pura fidelidad de la señora de estos lares, la esencia del anfitrión se propone como un homenaje de su curiosidad a la esencia de la anfitriona. Ahora bien, esa curiosidad, en cuanto potencia del alma hospitalaria, no puede tener existencia propia sino dentro de aquello que parecería a la anfitriona, si fuera ingenua, suspicacia o celos. El anfitrión no es ni suspicaz ni celoso, porque siente curiosidad esencialmente por eso mismo que, en la vida cotidiana, le haría un señor de estos lares suspicaz, celoso, insoportable.

Que el invitado no se turbe; no vaya pues a suponer que pueda constituir en ningún momento la causa de unos celos o de una suspicacia que ni siquiera tienen un sujeto propio que pudiera experimentarlos. En realidad, el invitado es todo lo contrario: porque es desde la ausencia de causa de unos celos y de una suspicacia que no están determinados de otro modo que por esa ausencia, desde donde el invitado va a salir de su relación accidental de extranjero para gozar de una relación esencial con la anfitriona cuya esencia comparte con el anfitrión. Esencia del anfitrión, la hospitalidad, lejos de restringirse a los movimientos de los celos y de la suspicacia, aspira a convertir en presencia la ausencia de causa de esos movimientos, y a actualizarse en esta causa. Que el invitado comprenda bien su papel: que estimule pues sin temor la curiosidad del anfitrión mediante estos celos y esta suspicacia, dignos del señor de estos lares, pero indignos del anfitrión; este último invita lealmente a ello al invitado; que en esa competencia, rivalicen uno con otro en sutileza; corresponde al anfitrión poner a prueba la discreción del invitado; al invitado, poner a prueba la

curiosidad del anfitrión: el término «generosidad» no viene a cuento; porque todo es generosidad y todo es avaricia; pero que el invitado cuide que estos celos o esa sospecha del anfitrión no reabsorban por completo su curiosidad; porque de esa curiosidad dependerá para el invitado hacer valer su prestigio[1]. Si la curiosidad del anfitrión aspira a actualizarse en la causa ausente, ¿cómo espera convertir esta ausencia en presencia, si no es porque espera la visitación de un ángel? Solicitado por la religiosidad del anfitrión, el ángel es susceptible de adoptar el nombre de un invitado —¿eres tú?— que el anfitrión cree fortuito. ¿En qué medida el ángel actualizará en la señora de estos lares la esencia de la anfitriona tal como el anfitrión tiende a representársela, cuando esa esencia no es conocida sino por aquel que, más allá del ser, conoce? Induciendo al anfitrión tanto más, puesto que el invitado, sea o no un ángel, no es más que inclinación del anfitrión: sabe, querido invitado, que ni el anfitrión ni tú, ni la anfitriona misma, conocen todavía la esencia de la anfitriona sorprendida por ti, buscará reencontrarse en el anfitrión que desde ese momento no la retendrá más: pero que, sabiéndola en tus brazos, se considerará más dueño que nunca de su tesoro.

Para que la curiosidad del anfitrión no llegue a degradarse en los celos y la suspicacia, te corresponde a ti, el invitado, discernir la esencia de la anfitriona en la señora de estos lares, a ti precipitarla en la existencia: o la anfitriona no pasa de ser un fantasma, y tú sigues siendo extranjero en esta casa, si dejas al anfitrión la esencia inactualizada de la anfitriona: o tú eres ese ángel y das con tu presencia actualidad a la anfitriona: tendrás pleno poder sobre ella tanto como sobre el anfitrión. ¿No ves, querido invitado, que tu interés superior es conducir la curiosidad del anfitrión hasta el punto en que la señora de estos lares, puesta fuera de sí, se actualice toda ella en una existencia que tú, el invitado, serás el único capaz de determinar, y ya no la curiosidad del anfitrión? Desde ese momento el anfitrión habrá cesado de ser el señor en sus

lares: habrá cumplido por completo su misión. Se habrá convertido a su vez en el invitado.

I
La denunciación

Allez, allez, Madame,
Étaler vos appas et vanter vos mépris
A
l’infâme
sorcier qui charme vos esprit.

Corneille, *Médée*, II



En el estudio de Octave, por la noche. Octave y su sobrino Antoine.

ANTOINE: ¿Ha revelado otras fotografías de su estancia en Ascona, tío Octave?

OCTAVE: ¿Ves ésta? Es una instantánea de una calidad poco común.

ANTOINE: ¿Tomada dónde?

OCTAVE: En la villa de Madame de Watteville, en el salón donde se desarrollaban los debates.

ANTOINE: Qué escena tan extraordinaria… Esa joven señora…

OCTAVE: … cuya falda se quema por el fuego de la chimenea y que, apartándose de junto al hogar mientras se precipita hacia adelante, se lanza a los brazos de ese señor que le arranca la falda para apagar la llama.

ANTOINE: Pero esa señora, es tía Roberte… Confiese, tío, que se ha divertido haciendo un montaje, ¿o ha tomado esa foto del natural?

OCTAVE: La tomé en el mismo instante en que tía Roberte daba su conferencia en el salón de la residencia; acababa de apoyarse imprudentemente en el marco de la chimenea, la falda se inflamó mientras ella hablaba.

ANTOINE: ¿Y usted no tuvo otra preocupación que retratarla mientras corría tan grave peligro?

OCTAVE: Te digo que yo iba a fotografiarla en el momento en que hablaba; pero cuando iba a disparar se produjo el incidente…

ANTOINE: Accidente, tío Octave.

OCTAVE: Incidente, te digo.

ANTOINE: Tío Octave, ¿me regalará una copia de esa foto?

OCTAVE: De ningún modo; es la prenda de una operación a la que de todas maneras consentiré en iniciarte, si sabes callarte.

ANTOINE: ¡Se lo juro!

OCTAVE: Pero, antes, tendría que hacerte algunas preguntas incómodas.

ANTOINE: ¡Nada puede serme más agradable, tío Octave!

OCTAVE: Te advierto que vas a ser menos libre, aunque te niegues a contestar.

ANTOINE: ¿Para qué quiero esa libertad? No sé qué hacer con ella. Oyéndole decir lo que no me atrevo a confesarme a mí mismo, me sentiré aliviado y me veré más claramente en sus palabras.

OCTAVE: Hay alguien en este momento entre tú, mi sobrino, y yo, tu tío.

ANTOINE: Es terrible… Siento que las cosas hayan llegado a ese punto…

OCTAVE: No hablo de tu tía Roberte…, ni de mis

disputas con ella a causa de tu educación.

ANTOINE: ¡Ah!… Pero entonces…

OCTAVE, *fingiendo no hacer caso*: Se trata de alguien… que quizá la concierne de todas maneras.

ANTOINE: ¿Pero entre usted y yo? ¿Quién más, tío?

OCTAVE: Aquel que nos impide entendernos, en este mismo instante.

ANTOINE: ¿Es decir?

OCTAVE: Y sin embargo, sin él no podríamos llegar a nada.

ANTOINE: ¿Hay acaso además una cuarta persona?

OCTAVE: No, sino un tercero que se interpone entre tú y yo, entre yo y tu tía Roberte, entre tu tía y tú mismo.

ANTOINE: Me desconcierta…

OCTAVE: Y ese tercero es un puro espíritu.

ANTOINE: Está usted bromeando.

OCTAVE: Jamás he sido más serio. Le he *nombrado a Roberte*.

ANTOINE, *turbado*: ¿Adónde quiere llegar?

OCTAVE: A satisfacer tus deseos.

ANTOINE, *sobresaltado*: Usted… me… ¿con mi tía?

OCTAVE, *tranquilizándolo*: Ten calma. Nada hay tan… impalpable a pesar de las apariencias… todo depende de él.

ANTOINE: ¿Qué le sucede, tío?

OCTAVE: No tienes todavía bastante discernimiento, me lo temía.

ANTOINE: A usted corresponde dármelo, querido tío.

OCTAVE: Entonces, escucha bien lo que voy a decirte. He nombrado a Roberte ante el puro espíritu.

ANTOINE: Pero eso ya lo ha dicho y es lo que no concibo. ¿Cómo la ha podido nombrar ante un puro espíritu?

OCTAVE: Te asombras de eso, pero es un hecho. No tienes derecho a comentarlo. Tienes que aceptar las cosas como son, si no, es inútil proseguir.

ANTOINE: Pongamos que acepto. Se lo suplico, explíqueme.

OCTAVE: Aunque te falta preparación, estás demasiado ansioso por saber las consecuencias de aquello de lo que no tienes ninguna idea; lo que hubiera debido extrañarte no es de ningún modo esa denuncia que he hecho al puro espíritu; lo que es grave, tanto como la conversación que tenemos en este momento, es que en vez de nombrar el espíritu a Roberte, como lo habrían exigido mis relaciones con ella, se haya producido lo contrario. Sin que tu tía Roberte se entere, yo, tu tío Octave, denuncio a mi esposa a un puro espíritu. De golpe, Roberte se convierte en el objeto de un puro espíritu, que se convierte desde ese momento en mi cómplice.

ANTOINE: Entiendo que, en el instante en que hablamos, mi tía es el objeto de nuestro diálogo, de nuestros propios espíritus, como cualquier otra cosa de la que habláramos, igual también que ese puro espíritu. Pero ¿cómo puede mi tía convertirse

en el objeto de las preocupaciones de ese espíritu?

OCTAVE: No digas «mi tía». Di Roberte y comprenderás inmediatamente. Porque cuando tú piensas en tu tía, de la manera que tú piensas en ella y que yo sé que tú piensas, piensas simplemente, igual que yo, en Roberte.

ANTOINE: Sí, tío, no se le puede ocultar nada.

OCTAVE: Repite pues lo que te he dicho.

ANTOINE: Mi tío Octave ha nombrado a mi tía Roberte al puro espíritu.

OCTAVE: ¡En absoluto! Eso no es lo que te he dicho. He aquí: he nombrado a Roberte al puro espíritu. Repite exactamente.

ANTOINE: He nombrado a Roberte al puro espíritu.

OCTAVE: Lo has hecho tú mismo desde el instante en que pensabas en ella, con la diferencia de que, como tu tía, no tienes noción precisa del puro espíritu para poder invocarlo. Al contrario, crees tener una muy neta representación de la misma Roberte.

ANTOINE: No tan precisa como usted, tío Octave.

OCTAVE: Ahí es donde te engañas. Porque precisamente, Roberte se me escapa hasta tal grado que necesito invocar al puro espíritu para que, tomándola por objeto, me revele lo que ella me oculta —eso que quizá no te ocultaría a ti.

ANTOINE: Tía Roberte es para mí como una hermana mayor, atenta y severa a la vez.

OCTAVE, *con cierta ansiedad*: ¿Y qué más?

ANTOINE: Llena de condescendencia, burlona sólo cuando se trata de los cursos de teología que usted me da.

OCTAVE: Eso termina de configurarla, me parece, en tu representación.

ANTOINE: Además es incrédula y austera.

OCTAVE: La incredulidad para mí, la austeridad para ti. ¿Está allí Roberte por completo? ¿Es ésa la que puede convertirse en objeto del puro espíritu? ¿Forma y materia actual e inactual? Dime, querido niño, ¿qué le designaremos al puro espíritu, su incredulidad o su austeridad?

ANTOINE: «Le designaremos», dice usted, tío, pero sólo es usted quien lo hace, nombrándola al puro espíritu.

OCTAVE: ¿Qué designarías entonces tú en mi lugar, Antoine?

ANTOINE: Su incredulidad.

OCTAVE: ¡Mientes!

ANTOINE: Usted me pregunta: en su lugar…

OCTAVE: Por tanto: tú mismo denunciarías su austeridad.

ANTOINE, *eludiendo la pregunta*: En cuanto usted la nombra al puro espíritu, ¿no es a Roberte entera a la que denuncia?

OCTAVE: Es que entre nombrar y denunciar hay una notable diferencia. Lo que yo denunciaría en ella no es a Roberte, la esposa llena de pequeños cuidados, sino el hecho de que detrás de los pequeños cuidados comete grandes faltas, quita

ofreciendo y eso sin ninguna prueba, gracias a los pequeños cuidados. (*Octave olvida que le habla a su sobrino, que, turbado, baja la cabeza. El tío se da cuenta y recomienza*): Lo que yo he denunciado al puro espíritu no es la actualidad banal de nuestra vida común, sino sobre todo la inactualidad misma que el puro espíritu comparte con Roberte.

ANTOINE: Así pues, si la inactualidad de Roberte ya es compartida por el puro espíritu, ¿usted no designa en ella más que lo que él conoce ya?

OCTAVE: A tu pregunta respondería con otra: ¿no decías tú que tu tía es para ti como una hermana mayor, atenta y severa a la vez?

ANTOINE: En efecto.

OCTAVE: Son pues cosas que a mí se me escapan; inactuales para mí, actuales para ti.

ANTOINE: Eso es verdad.

OCTAVE: ¿No agregabas acto seguido que ella se burlaba un poco de mis más serias investigaciones?

ANTOINE: Lo reconozco.

OCTAVE: ¿Y no resumías hace un momento tu impresión llamándola incrédula y austera?

ANTOINE: Absolutamente.

OCTAVE: ¿Todo eso es actual para mí o para ti?

ANTOINE: Así es como mi tía está presente ante mi espíritu.

OCTAVE: Ante tu espíritu. Ahí está pues una parte de la inactualidad de mi esposa que me sería revelada: la actitud tomada ante mi sobrino de «hermana

mayor, atenta y severa». Dime, ¿qué ocultan esas expresiones? ¿Esa es la impresión que una tía da generalmente a su sobrino?

ANTOINE: No, sin duda.

OCTAVE: En lo que respecta a su incredulidad, es cosa sabida. Pero ¿qué me dices de su austeridad?

ANTOINE: Lamento ese término.

OCTAVE: ¿No es por tu parte una manera de expresar tu contrariedad? (*Antoine se calla*).

OCTAVE: ¿Te parece austera porque su incredulidad no la lleva a desórdenes?

ANTOINE: Tal vez.

OCTAVE: Y sin embargo ¿esperas de todos modos esos desórdenes? (*Antoine se calla de nuevo*).

OCTAVE: ¿No es cierto que toda su persona te sugiere esos desórdenes?

ANTOINE: Ese no es más que un punto de vista de mi espíritu.

OCTAVE: Ahora puedo responder a tu pregunta de hace un rato: si esa austeridad no es más que un punto de vista de tu espíritu, del mismo modo que la incredulidad es un punto de vista del mío, los dos espíritus que somos el uno y el otro no forman jamás un espíritu lo suficientemente desprendido de nuestras contingencias para juzgar y encontrar la Roberte oculta que buscamos: esa austeridad que designamos al puro espíritu seguramente él no la conoce, como tampoco la inactualidad de Roberte. Porque la única actualidad que tú sabes es que es incrédula, y que tus deseos no pueden sacar

provecho de ello como tú quisieras. De allí deduces su austeridad —y yo su fidelidad—. Entonces, ¿cómo no sería lo que está detrás de su incredulidad, evidente para nuestros propios espíritus, lo que designaremos en ella al puro espíritu?

ANTOINE, *burlón de pronto, con autoridad*: ¿Pero qué quiere usted que haya detrás de su incredulidad sino la imposibilidad de establecer la más mínima relación entre Roberte y el puro espíritu?

OCTAVE: Te parece que razonas con justeza, sin darte cuenta de que, en vez de remontarte más allá de su incredulidad, te quedas más acá. Si fuera en la incredulidad de Roberte donde descansa la imposibilidad de establecer una relación entre Roberte y el puro espíritu, sería vano invocar a este último para que revelara esa inactualidad de Roberte que se nos escapa y que no es otra cosa que su esencia. Pero si nosotros esperamos asirla en esa revelación del puro espíritu, es necesario que supongamos que, lejos de estar en el origen, la incredulidad no hace; más que emanar de la imposibilidad que la funda. Por eso la austeridad de Roberte te parece imposible. Pero para descubrir la falsedad y para llegar al fondo de lo imposible, es necesario afirmar primero que la imposibilidad *es* lo que permite a la austera incredulidad existir.

ANTOINE: Eso es perturbador: la imposibilidad sería la inactualidad de Roberte. ¿Cómo podría el puro espíritu hacer de ella su objeto, tío Octave, aunque usted se la designara? ¿A qué viene decir que la imposibilidad es? En verdad no veo ningún punto de comunicación posible entre Roberte y el espíritu.

OCTAVE: Cuanto menos ves, hijo mío, más te acercas a la verdad: tú no ves comunicación posible de su naturaleza porque crees que Roberte es siempre Roberte. ¿Recuerdas el principio fundamental que hace de una sustancia razonable una persona cuando te enseñaba el misterio de la unión hipostática? Reflexiona un poco en todas esas sutilezas de los Doctores que hemos revisado para explicamos esa unión entre la naturaleza humana y la naturaleza divina. A pesar de sus diversas interpretaciones, ¿cuál era pues la condición en la que todos estaban de acuerdo para concebir esa unión?

ANTOINE: La pérdida de la incomunicabilidad propia a una naturaleza humana.

OCTAVE: Y antes que nada, ¿qué es la incomunicabilidad?

ANTOINE: Es el principio según el cual el ser de un individuo no podría atribuirse a varios individuos, y es lo que constituye de hecho a la persona idéntica a sí misma.

OCTAVE: ¿Cuál es entonces la función que define a la persona?

ANTOINE: La de hacer a nuestra sustancia inepta para ser asumida por otra naturaleza, ya sea inferior, ya sea superior a la nuestra.

OCTAVE: ¿Hay una situación en la que la sustancia razonable pierde la incomunicabilidad personal?

ANTOINE: Desde luego, cuando nuestra sustancia, compuesta de un alma y un cuerpo, es disociada por la muerte.

OCTAVE: ¿Y qué le pasa entonces al alma?

ANTOINE: Vuelve a hacerse apta para asociarse a un cuerpo.

OCTAVE: En consecuencia, el alma separada pero subsistente pierde la incomunicabilidad personal, dado que se hace otra vez apta para unirse a un cuerpo. Pues ¿se puede imaginar que en la persona actual intervenga una operación que, desasociando el alma del cuerpo y el espíritu del alma, suspenda a la persona actual?

ANTOINE: En ciertos casos extremos, como la posesión o el éxtasis.

OCTAVE: De lo cual hay que concluir…

ANTOINE: Que si nuestra persona nos hace ineptos de ser asociados a cualquier otra naturaleza, ya sea inferior, ya sea superior a la nuestra, eso no impide que esa suspensión misma de la persona pueda producirse si Dios lo permite.

OCTAVE: He ahí claramente establecido para empezar que, antes de hacerse inepto de una asunción cualquiera por la actualidad personal, toda sustancia creada y en especial toda sustancia razonable, en cuanto naturaleza humana, permanece susceptible de una asunción semejante por otra naturaleza. Y así es como la unión hipostática que, en cuanto misterio, no podría en lo absoluto servimos de ejemplo, no por ello ha alimentado menos como a contrapelo el argumento de la incomunicabilidad personal tanto como el de la pérdida de esta última. Una sustancia razonable en cuanto individualidad podría muy bien no ser actual en sí. Una naturaleza humana ha podido ser asumida por una persona divina. Esta naturaleza humana no por ello dejaba de ser una individualidad. Por tanto, esa individualidad no

tendría actualidad personal en sí. ¿Por qué?

ANTOINE: Tío Octave, ya no encuentro el motivo.

OCTAVE: Porque una individualidad, trátese de una sustancia humana o espiritual, no tiene existencia por el mero hecho de ser una esencia, y esa naturaleza humana no tenía por consecuencia otra actualidad que la de la persona divina. Pues, ¿qué sería de una naturaleza humana en la que un movimiento contrario como la incredulidad hubiera suspendido el carácter incomunicable? ¿No debería recaer en el estado de esencia sin existencia, según unos, o de existencia sin esencia, según los otros, y en todos los casos en esa dependencia que la hará asumible por otra naturaleza superior a la suya? Sea como fuere, estaríamos en este caso en presencia de una unión hipostática aterradora. Roberte no sería incrédula sino en la medida en que negara su actualidad entre nosotros y no sería austera sino en la medida en que el cuerpo le permitiera disimular la pérdida de su carácter incomunicable, susceptible como sería de allí en adelante de unirse a cualquier naturaleza ávida de actualizarse en ella, y por tanto de actualizarla para sí.

ANTOINE: ¿Esa naturaleza ávida de actualizarse en Roberte no sería entonces otra que el puro espíritu?

OCTAVE: El puro espíritu es inactual en relación conmigo tanto como con Roberte: inactual en relación a sí mismo, no se hace actual más que en el instante en que lo invoco para designarle a la inactual Roberte. Esta última no podía ser conocida de antemano por el puro espíritu: pero mientras nosotros permanecemos en la ignorancia de Roberte, apenas le es designada, él no solamente

conoce lo que se me escapa, sino que él mismo será la actualización de Roberte inactual.

ANTOINE: ¿Qué diferencia hay entre nosotros y el puro espíritu en relación con esa inactualidad de Roberte? ¿Por qué no decir simplemente que nosotros mismos actualizamos en nuestras relaciones con ella lo que hay de inactual en Roberte?

OCTAVE: ¡Porque nosotros no lo hacemos jamás sin que ella lo sepa! Mientras que designándola al puro espíritu que se confunde con su inactualidad entramos, sin que ella lo sepa, en relación con la inactual Roberte. Tú no conoces a esa última más que bajo el aspecto de la «hermana atenta y severa, incrédula y austera», y yo más que bajo el de la esposa dedicada a «sus pequeños cuidados». Es claramente ésa la que yo he denunciado al espíritu puro y de ahora en adelante será también sin el conocimiento de ésta como el puro espíritu va a actualizar lo que únicamente Roberte y él saben. De hecho, Roberte no sabe en absoluto en relación conmigo o en relación contigo lo que sabe muy bien en relación con el puro espíritu. Mientras este último lo ignoraba, ella ignoraba lo que sabe con él, como él mismo ignoraba lo que sabe ahora con ella.

ANTOINE: ¿Pero cómo va a ser esa fotografía que está allí la prenda de semejante operación?

OCTAVE: Vamos a proyectar ahora esa fotografía. Apaga la luz. Acerca ese aparato. Introduzco en él esta copia sobre una placa de vidrio. Extiende esa pantalla, y estate atento. (*La escena del salón de la villa de Watteville aparece sobre la pantalla*).

ANTOINE: Es admirable…

OCTAVE: No me digas que es admirable. Describe con calma lo que ves.

ANTOINE: Ese suntuoso espejo sobre la chimenea, reflejando esas luces y a toda esa gente… en primer plano, mi tía Roberte, enloquecida…

OCTAVE, *interrumpiendo la proyección*: Si vuelves a hablar de tía Roberte, te alejas definitivamente. Empecemos otra vez. ¿Qué ves?

ANTOINE: La cara enloquecida de Roberte, aunque vuelta hacia el hogar, mira de tres cuartos, con los ojos bajos, hacia la cola de su falda que arde, lo que se muestra por esa mancha luminosa… su mano derecha levantada, con todos los dedos separados, indica su terror, mientras la toma de la muñeca ese joven contra el que ella apoya su pecho, en tanto que él parece agitar como una antorcha la cola de la falda que arranca, descubriendo toda la pierna con la rodilla levantada de modo que la pantorrilla de esa pierna replegada toca la carne del muslo, que, por cierto, él destapa ampliamente, puesto que se adivina el contorno de la nalga en el calzón; ese movimiento del torso que se quiebra en la cintura y se prolonga en esa rodilla plegada y hasta la punta del pie, contrasta con el nervioso estiramiento de la otra pierna y expresa muy bien el temor de ser alcanzada por las llamas, mientras que, en la mirada que se dirige más bien hacia el vigoroso brazo del salvador, cree uno advertir cierta estupefacción ante la resolución de ese gesto que revela de tal manera su persona, lo que también testimonia su otra mano, que, apoyada sobre el brazo que la socorre, parece domar su celo; es muy asombrosa esa cara dividida entre el espanto y la sorpresa, esos movimientos inmovilizados, esa precipitación en suspenso, esa mano atemorizada,

y las formas sinuosas de las piernas detenidas en su impulso, mientras que a él, no se lo ve más que de espaldas…

OCTAVE, *divagando, mientras su sobrino permanece absorto en la contemplación de la pantalla*: No estamos, en el caso que nos turba, ante un misterio divino, sino ante un contramisterio o, si prefieres, una mistificación; no es que se trate de una ilusión; la mistificación falsifica el misterio y lo presupone; sus consecuencias no son menos graves para los que están implicados; para Roberte tanto como para nosotros. Desde luego, podría lanzarme a otras interpretaciones y partir de otro supuesto; la esencia divina se explícita en tres personas que no son tres esencias sino una sola, puesto que no hay más que una esencia divina. Y cada una es siempre esa esencia en la que cada persona se establece como una relación esencial. En las criaturas, por el contrario, esa relación no es más que accidental, y de una naturaleza creada a la otra, de una persona a la otra, no hay una comunicación de la esencia como en el seno de la naturaleza divina la comunicación con cada una de las tres personas. ¿En qué medida la esencia del alma humana, retirándose de la existencia personal, volvería a ser capaz de multiplicarse en muchas personas o de explicitarse en tantas otras personas como tomas de conciencia hubiera en ella? En tantas personas como sujetos diferentes hubiera para percibirla en cuanto objeto de participación. ¿No sería necesario entonces que esa esencia pudiera mantenerse o pudiera ser mantenida en cuanto forma? En relación consigo misma, esa esencia, actualizada en cada uno de sus actos de conciencia como en cada percepción exterior de la que fuese objeto, vería establecerse una relación en el interior de ella misma. Supuesto que entre tú, yo y un tercero, Roberte reproduzca en ella misma las relaciones

con nosotros tres, esas relaciones reproducidas en ella no proyectan en absoluto nuestras propias imágenes en ella sino las tres imágenes diferentes de ella misma que respectivamente cada uno de nosotros se forma de ella; una triple relación de Roberte se constituye en su propio espíritu, y ya la tenemos pues en tres personas. Pero esas tres personas ¿son tres tomas de conciencia hasta el grado de que podamos afirmar que esas tres Roberte tienen también una sola esencia? No, porque esa trinidad es exterior por completo, no le llega fuera de nuestra presencia. Esa triple representación de ella misma a sí misma no es por tanto esencial; las tres Roberte no son más que accidentales en relación con Roberte, porque esa triple representación de ella misma viene de nosotros y sólo nosotros la modificamos; para que tres Roberte existieran con una misma sustancia, haría falta al menos que la Roberte absoluta conociera una relación de Roberte a Roberte a partir de su esencia; que las tres Roberte no consumaran más que un solo secreto. Si la toma de conciencia de Roberte por ella misma —en cuanto que se sabe particularizada por el juicio de otro (lo que la incita a hacerse quemar la falda para que otro la exhiba con el pretexto de salvarla del fuego)—, si semejante toma de conciencia es un acto de su inteligencia que no agota otros juicios u otras intenciones de las que ella sería otras tantas veces objeto, queda que ese acto no deja de ser un suceso que surge no ya del ser creado, sino del intelecto anterior a toda creación, siempre que adoptemos la tesis de Hochheim que pretende que la inteligencia sea por sí misma algo increado. Y sería entonces por ese sesgo como Roberte se haría inmediatamente susceptible de entregarnos su secreto; si Roberte, en la medida en que ese nombre no designa sino una relación con nosotros

como en relación a lo que se oculta bajo ese nombre, deja de ser esa Roberte para convertirse un instante en esta Roberte, objeto del juicio, de la intención, incluso del deseo de otro; si deja de serlo, digo, no sin presuponer a la Roberte en relación con nosotros, puesto que ella no discerniría en absoluto de otra manera en ella a otra Roberte, objeto de esa intención ajena, y por tanto empieza a perder su carácter incomunicable y se hace apta para entrar en composición con otra naturaleza, recayendo en el estado de sustancia no informada o en el estado de forma no actualizada, sino simplemente actualizable; tropezará siempre con su propio cuerpo como con el testigo equívoco de su presencia entre nosotros, de su identidad a punto de volverse falsa; no hará sino entregarlo más a la condición de lo actualizable. Ahora bien, todos esos hechos son otras tantas operaciones del acto intelectual en el que su espíritu está todo él presente ante sí mismo. Desde el momento en que la inteligencia pertenecería a lo increado, concerniría en este caso a un sujeto creado; pero ese sujeto llamado Roberte no serviría más que a la inteligencia increada, presente en su operación. ¿Qué pasa entonces si, sólo desactualizándose en cuanto Roberte cuya falda arde accidentalmente, el espíritu de Roberte se actualiza en cuanto que provoca el gesto de otro, que la revela, mediante esa desactualización? El intelecto increado proyecta en la existencia creable al sujeto en quien se cumple ese mismo acto, y de esa negación de un sujeto por su propia conciencia resulta una conciencia sin sujeto; pero el término «conciencia» repugna a la ausencia de un sujeto; ¿quién, pues, es en este caso cum scientia? Ese algo increado que es el intelecto. Pero como de todas maneras existe un agente creado al que vuelve a poner en su causa, comienza, en ese sujeto, por ponerse a sí

mismo como objeto en cuanto recreable, para sí mismo increado. En ese acto de Roberte, el intelecto increado aparece para Roberte como otro, por el hecho de que el espíritu de Roberte, actualizándose en la intención de otro, arroja a Roberte misma a la existencia creable. Lo que equivale a decir que si es mediante el intelecto increado como Roberte se siente objeto de la intención de otro, es en cambio en otro donde Roberte realiza la experiencia del intelecto increado; experiencia de la que un hecho banal del azar cotidiano como el incidente de Ascona no es sino la contrahechura. Ves que mediante esa operación Roberte se abre y que la cerradura de su identidad salta; puesta fuera del sujeto de Roberte, su conciencia se propone enseguida como objeto a todo agente en el que se definiría el intelecto increado; a quién más sino a una conciencia, fascinada, si me atrevo a decirlo, por ese espectáculo impalpable de la exhibición del intelecto increado en una esencia que se ha vuelto nuevamente creable —fascinada tanto como Roberte misma lo está por esa irrupción de lo increado en su propia esencia hasta entonces cerrada—. Ahora bien, desde aquel en que lo increado y la existencia se confunden hasta las criaturas que no tienen la existencia en sí misma, hay un escalonamiento de conciencias en las que el intelecto increado se explícita desde la desmesura que significa nuestra destrucción hasta la mesura que nos permite sostener su violencia, en el momento mismo en que nos conduce y nos sostiene. Y si es mediante un acto del intelecto increado como Roberte se desactualiza en cuanto Roberte para conocer otra actualidad que se nos escapa, ese acto intelectual coincide con una de sus conciencias tanto más alejadas de la existencia cuanto que están más cerca de lo increado. Una

doble atracción se ejerce de inmediato; cuál de las dos conciencias representa en relación con la otra el papel de la existencia que aspira a una esencia o de la esencia que aspira a la existencia, no es posible discernirlo aquí más que bajo la analogía de esa «toma» que de esa operación no es más que el simulacro. Pero una imagen no tiene ser en sí; en cambio, es toda ella intelección: la falda arde, el cuerpo parece a salvo, pero de hecho es el espíritu el que arde en ese cuerpo, que Victor, aparentemente para salvarlo, exhibe…

ANTOINE: Victor, ¿así se llama él?

OCTAVE: O más bien Vittorio, conde della Santa-Sede, tu futuro preceptor que llega mañana.

ANTOINE: Tendrá que relatarme ese accidente.

OCTAVE: Harás mejor en callarte y comprender al fin que se trata de un incidente del que guardamos el secreto, si es que mis palabras han tenido un sentido para ti.

ANTOINE, *mirando otra vez la escena en la pantalla*: Más miro y menos distingo el accidente del incidente.

OCTAVE: Pudo producirse antes de que tomara la fotografía y sin la presencia de Victor. Ahora bien, Santa-Sede estaba en primera fila entre la asistencia; yo sabía que no le era simpático a Roberte. Si me pongo a fotografiarla, como tiene la costumbre de vérmelo hacer, es extraño que sea en ese preciso momento cuando su falda se prenda y que escoja a Vittorio…

ANTOINE: No pudo escogerlo ella, él se precipitó espontáneamente a auxiliarla.

OCTAVE: ¿Hay que creer que estés de tal manera

influido por tu tía, que ante la simple vista de su imagen, te olvides de Roberte? Si no era más que un simple accidente, de todos modos la fotografía contiene algo muy distinto; y además en otras copias no se ve nada del fuego: sólo queda, pero de manera mucho más asombrosa, ese singular entrelazamiento de los miembros.

ANTOINE: … La mano levantada de Roberte, tomada por Vittorio… Enséñeme eso, tío, estoy seguro de que usted saca copias de acuerdo con su humor…

OCTAVE: Ya has visto demasiado, es tarde, vamos a dormir.

II
Roberte, esta noche



Al salir de la sesión de censura a la que había convocado a sus adjuntos para decidir la prohibición de la innoble obra de Octave, Roberte había tenido cierta dificultad en despistar al coloso que, haciendo sonar sus espuelas, la había seguido desde la Rue Royale; finalmente, llega a su casa hacia las dos de la mañana. Pasando por la escalera de servicio para evitar a Octave, por una puerta privada entra a su tocador, que es lo suficientemente amplio como para poder trabajar algunas veces en él. Se quita el abrigo, va hacia su escritorio del lado opuesto al de la bañera, y que no es más que una mesa de tocador con un espejo encima sobre cuyo mármol extiende su grueso portafolio de cuero, repleto de manuscritos que esperan su visto bueno. Lo abre, constata la ausencia de la obra de Octave, que, por un imperdonable descuido, ha debido de olvidar en el consejo, se levanta contrariada, se ve en el espejo, advierte su cutis resplandeciente, pasa los dedos sobre sus mejillas y distraídamente se pinta los labios. Se podría creer que está de nuevo lista para salir al verla así inclinada sobre el espejo, en toda su alta y esbelta figura, la cara resplandeciente bajo su abundante cabellera negra rodeada de una larga corona de trenzas, los largos dedos sobre el lápiz de labios, las claras uñas rozando sus labios arqueados, a veces deslizando la punta del dedo sobre sus largas cejas, los ojos grises, que se conservan graves igual que todos sus rasgos regulares, a pesar de una ligera sonrisa, cuando, desabrochando su blusa negra con ribetes blancos, resbala su mano hasta el hueco de su axila. Tentada de tomar un baño, se aleja del espejo, del que se esfuma su rostro severo otra vez, pero frente al asiento cercano a la bañera lleva sus dedos a sus nalgas

para levantar su larga falda negra, cuando advierte, en el lugar del papel higiénico, las hojas de un capítulo de la obra censurada de Octave, titulado: «Tacita, el coloso y el jorobado». Sentada en el asiento, relee por centésima vez esas elucubraciones que la vejan, sin duda suficientemente satisfecha de la decisión que acaba de tomar en la sesión para empezar a mear, sin embargo más ofendida que satisfecha para no dejar de orinar, cuando de pronto la puerta se abre sin ruido y aparece el enorme personaje. El casco con cimera brilla menos que el esmalte de los dientes y el blanco de los ojos en la cara morena de Victor. Bajo el amplio abrigo gris descuidadamente echado sobre las charreteras, aprieta el látigo con la mano enguantada de blanco, mientras la otra mano, puesta sobre la cadera, parece indicar que se mantiene así desde toda la eternidad, con la bragueta dejando salir el gigantesco miembro que dirige hacia Roberte su glande liso y admirablemente abombado. Ante esa inmovilidad triunfal e insolente, dejando caer las hojas —con la misma mano que con un gesto de autoridad, tres horas antes, sostenía en la punta de sus dedos flexibles el lápiz azul con el que Roberte indicaba a sus adjuntos los pasajes inadmisibles del libro de Octave —, ella trata de hacer ahora ese mismo gesto, con la palma ligeramente levantada hacia la insoportable visión; pero la sangre le sube a la cara y apenas logra tender imperativamente el índice de esa mano que vacila: «¡Salga!», cree decir con una voz neutra, cuando no hace más que orinar más y mejor.

—«Sólo se ve lo que sale» —se le contesta, sin que perciba ninguna voz. Y la puerta se cierra como si jamás se hubiera abierto.

Roberte se lava, reajusta su faja y se baja la larga falda negra, tratando de encontrar la calma en esos gestos evidentes; tan fuerte ha sido la imagen intrusa que una extraña decepción detiene su agitación al constatar que la puerta ha permanecido acerrojada; mientras que la emoción ha llevado al extremo el calor en sus miembros,

y como no sabe qué hacer con ese calor y no ha podido dejar de experimentarlo como delicioso, Roberte se siente turbada, cuando advierte a sus pies el látigo, se inclina para agarrarlo y en el instante en que se incorpora siente bajo su falda una masa amorfa y pesada que se le agarra a las piernas. Si Roberte quiere recular enseguida, sus tobillos están presos en un grillete; a lo más, puede echar su torso hacia atrás, obligada a apoyar sus rodillas sobre hombros invisibles, mientras alguien profiere bajo su falda:

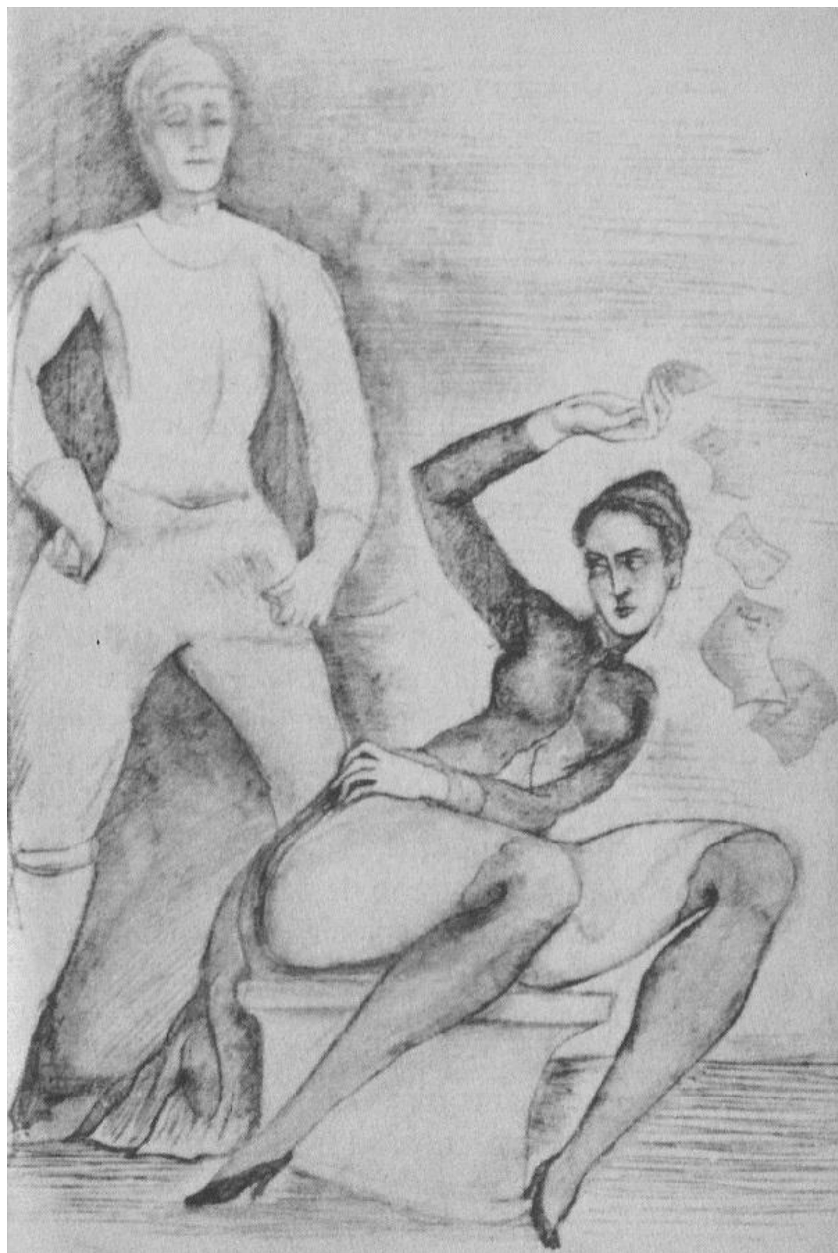
—¿Qué pensar del hecho de que exista algo en vez de nada? La existencia, que permite existir a las cosas que todavía no son más que en el ser, ¿no debe concebirse en sí independientemente de esas cosas?

Levantando su falda, Roberte descubre un extraño aborto jorobado con cabeza de perro faldero y rizos grasientos que la examina gravemente con sus ojos azules a flor de piel. Avergonzada de reconocer en él al soplón, su mejor espía en las sesiones, y furiosa de su vergüenza, lo cimbra con un primer golpe de látigo, y él regresa bajo su falda donde prosigue:

—Aunque se la conciba o no en sí, no llega uno a desembarazarse de ella, por sí misma regresa a cada instante, y si hay algo que quiere que la existencia sea la existencia, ésa es sin duda su esencia. (*Palabras que Roberte sólo percibe confusamente bajo su falda, porque para detener, el golpe que ha recibido sobre la nuca, el jorobado ha hundido su cara en la carne de los muslos de Roberte y sigue hablando con la nariz contra el calzón de la inspectora*). Pues desde el momento en que es ella la que permite o no existir, la que permite o no nombrar, ¿tendríamos aún el derecho de llamarla censura, como si siempre hubiera habido censura? Porque el hecho de que ya no se la pueda llamar Dios no se explica de otra manera sino que algo en la existencia prohíbe ya que uno lo llame Dios.

Roberte le asesta un segundo golpe, amortiguado por su propia falda, que alza para descubrirlo de nuevo: con

una extraña sonrisa el jorobado examina a Roberte, el brazo levantado, los dedos brillantes sobre el mango del látigo, blandido encima de la alta cabellera trenzada que enmarca el rostro congestionado, las aletas de la nariz que laten de indignación, cuando, a punto de dar un tercer golpe, se siente tomada por la muñeca; agarrándola por detrás, el guante del coloso abre su camisero negro, resbala hasta la axila de Roberte, hace saltar su sostén y se posa ampliamente sobre el pecho, desnudando su hombro. Desde el primer mordisco, Roberte suelta el látigo, mientras que, al escapar su otro pecho por la hendidura de la blusa, el pezón rosa ha surgido en la abertura de la seda negra.



EL COLOSO, *palpando los pechos de Roberte*: Perdónenos esos desarrollos, señora, a nosotros que no somos más que sustancias simples, producidas sin la carne de la que usted misma está tan agradablemente revestida, usted, que goza de una doble naturaleza. Pero nosotros, por un volteamiento instantáneo del pensamiento vivo que fuimos, subsistimos —pues qué hacer de nuestro ser—, pensamientos muertos sin ninguna oportunidad de regresar a nuestro primer estado. Si usted no fuera más que un puro espíritu, como pretende a veces serlo en la sesión de censura, no dejaría por ello de ser asaltada sin cesar por pensamientos más desaforados que los que se ha permitido esta noche. Pues si esa carne le ha sido dada como se dice por misericordia para defenderla de nuestra visitación, ¿quién nos ha llamado entonces esta noche sino usted misma inclinada sobre ese espejo, usted, que no cree en esa misericordia? ¿Quién más sino usted, colocada ante ese espejo, jugando al espíritu puro con una perfección tal que hemos creído reconocernos en sus gestos? Pero como no se trataba más que del simulacro de su alma creada para habitar ese cuerpo que gracias a nosotros ha podido fascinarla a usted misma esta noche, todavía es usted libre de escoger entre una existencia sometida a los espíritus en los que usted no cree, y la vida de la carne que es el punto de llegada de los caminos de un Dios en el que tampoco cree. ¿No es ése el primer nombre que ha suprimido usted del vocabulario de sus contemporáneos? ¿Qué va a hacer usted entonces de nosotros y qué vamos a hacer nosotros de su carne? ¿Tendremos miramientos con ella porque todavía es capaz de hablar o, al contrario, la trataremos como si debiera guardar silencio para siempre?

Mientras él le inmoviliza la mano que acaba de soltar el látigo, la inspectora quiere poner su mano izquierda

sobre el guante que palpa sus pechos; al verlos convertirse en objeto de una inteligencia separada, a Roberte le parece sentirlos por primera vez, nunca los ha visto tan dóciles ni ha sentido sus pezones crecer y endurecerse tan rápidamente como en el hueco del enorme guante que los palpa. Pero como si rechazara todavía la evidencia, echa hacia atrás su mano, al tiempo que es a su vez tomada por la muñeca; y como ve acercarse esa mano a su boca, esa boca que Roberte no se atreve a examinar ni a percibir en el espejo del mismo modo que no se atreve a verse ella misma, con la cabeza baja, cierra su mano prisionera; pero tan sabias son las mordidas que recibe su cuello que despliega los dedos y los separa, entregando la carne de la yema de su pulgar, que él se pone a morder tan bien que ella se sacude de la cabeza a los pies.

EL COLOSO: No pedimos más, nos basta con visitar a las dobles sustancias para convencerlas de que no hay necesidad entre nosotros de semejante expolio. (*Con un violento lengüetazo en la palma de Roberte, mueve la alianza y la hace resbalar así de abajo arriba, de arriba abajo en el anular, secreto de un juego del que parece conocer la eficacia, Roberte quiere liberar su mano, pero él prosigue*): ¿Octavo? Pro isto elucubrante, ¿por qué tantos remilgos? Esos encantadores dedos que crispa en vano, ese anular tan conductible a las muertas cogitaciones que con la punta de esa uña in ictu pasamos a su utrumsit, ¿no le demuestran, esos dedos, que todavía está apegada a su envoltura carnal a la vez que nosotros creemos tenerla ya? Si es verdad que debe renacer de sus cenizas, hable, señora, hable y entreabra esos labios tan bien pintados, esa boca tan bien dibujada que, si a mí me fuera dada una boca, llenaría la suya de besos de miedo a que nos nombrara demasiado pronto. Convencidos por lo menos de su carne, estaríamos liberados, aunque tristemente liberados de lo que queda por hacer esta noche. Pero es más bien a negarla a lo que nos invita su silencio. Por consiguiente: ¡Andiamo!

Y como entonces Roberte, tomada de las dos muñecas, se dobla en un vano sobresalto por liberarse y no logra más que soltar su mano, el coloso le arranca el anillo del dedo y prosigue:

El Coloso: Su gran culpa para nosotros, señora, es que usted sirve a dos amos, porque no cree en uno más que en la medida en que le es útil para desatender al otro, sin creer en la verdad de ninguno de los dos. En relación con nosotros, usted pretende sostener la fraudulenta doctrina de la doble sustancia. Si somos nosotros los pensamientos indeseables de su espíritu, nos opone usted el mutismo de una carne que hay que sustraer de nuestras operaciones; por qué hay que sustraerla, se lo ruego, puesto que oponiéndola a sus pensamientos, esta noche, que no están por otra parte más que en su espíritu, es de su espíritu mismo del que separa esa carne; y entonces, ¿qué hace usted de la integridad de esa carne si ella no la encuentra en el principio de la resurrección de los cuerpos? Pero al prohibir a sus poetas, a sus artistas, a sus actores describir, pintar y sobre todo representar lo que estamos haciendo con usted en este instante, les impone el mutismo de la carne íntegro como si ya fuera el puro silencio de los espíritus. Así, en relación con esas sustancias compuestas, con esas naturalezas dobles que usan la palabra para denunciar su propia duplicidad, tiene usted el descaro de obrar como sustancia simple, esa sustancia de los espíritus que, a falta de una carne punible, como dicen, no podrían redimirse y subsisten valientemente en la muerte espiritual, la nuestra, que usted niega en el instante en que nos opone la apariencia de una carne como si pudiera renacer incorruptible. ¿Estaría usted pues de acuerdo con nosotros, que refutamos ese llamado misterio como una ofensa contra nuestra dignidad? Nada de eso. Porque si el puro silencio de una sustancia simple se debe a la ausencia de una carne que habla, usted confunde groseramente con ese

silencio el mutismo de una carne viviente. Pues el mutismo de una doble sustancia, que no existe más que porque vive fuera del ser, agita al espíritu que subsiste a su propia muerte. Y la sustancia compuesta de un alma y de un cuerpo que se dispone a simular así la muerte de una sustancia espiritual, provoca la agresión del ser en el que subsistimos a nuestra muerte. (*Al jorobado*): ¡Piatto!

Ante esas palabras, el jorobado, que está a sus pies, le quita la falda con un solo movimiento. Sin falda, Roberte levanta enseguida la rodilla y, queriendo rechazar con el tacón a su espía, aplica su zapato sobre la cara del jorobado, el cual, adueñándose de sus pantorrillas, abraza de nuevo sus largas piernas y, acercando sus narices a los muslos de Roberte, pasea su nariz desde las ligas hasta la juntura del calzón en forma de faja que conserva todavía su tesoro encerrado en una pieza de encaje en el hueco de sus muslos, de donde salen apenas algunas mechas de su vello, pero de donde ahora se desprende todo el calor de la turbación de la inspectora, mientras que el olor animal se mezcla con el perfume de su mano liberada, que lleva enseguida a la escotadura de su calzón.

EL COLOSO: No permita Dios, señora, que pongamos en duda su aptitud para la sustancia simple; porque si usted obra como tal y no tiene relación más que con otras sustancias simples, no sólo callándose sino obligando a los demás a callarse acerca de las distintas contrahechuras del espíritu por la carne, no le basta con negar la resurrección de los cuerpos, con prohibir la propaganda del Vaticano por un lado y con hacer morir de hambre a los pornógrafos por otro lado, sino que es necesario además darnos prenda y someterse lealmente a la ley inexorable según la cual se comunican entre ellos los puros espíritus; con un poco más de lógica que de verdad, los partidarios del Vaticano suponen que entre nosotros no es el espíritu el que se modifica al recibir lo que otro espíritu le

hace escuchar, sino más bien ese otro el que le hace conocer lo que quiere designar. Pero si nosotros conocemos en efecto todas las formas innatas, dicen ésos, la perfección estaría para nosotros en el conocimiento de lo particular en la misma medida en que estaría para usted, señora, en la abstracción de todas las cosas. Entonces, ¿cómo puede establecerse un intercambio entre usted y nosotros? Una vez lograda la abstracción de sí misma, ¿qué otra cosa tendría para designarnos que no sepamos ya, si no es su propia voluntad? Sin duda, ésta debería escapársenos si su autor es el único que sabe su secreto; pero desde el momento en que usted reniega de su depositario, ¿cómo podría esa voluntad tener todavía secretos para nosotros, cuando ya, a falta de la voluntad misma, nosotros podríamos, al menos mediante la negación, apresar los objetos? Pues, por cuanto nosotros somos sus pensamientos separados, conocemos mejor la naturaleza de lo que la agita que lo que la conocería usted, y sabemos mejor que usted interpretar los signos, por equívocos que puedan ser, mediante los cuales usted esperaría engañamos. (*Al jorobado*): ¡Piatto!

En eso, el jorobado se cuelga tan bien de la faja de Roberte que el calzón se desgarra de la cintura a la liga, desnudando los flancos y el vientre de la inspectora; y el vello de Roberte, guardado hasta entonces en el hueco de sus muslos dentro del encaje, se despliega en toda su pilosa abundancia mientras el acre olor sube también de su utrumsit. Y como el «soplón» se aplica insolentemente con el extremo de su lengua a enderezar las matas del jardín de Roberte, la inspectora estira rápidamente los flexibles dedos en el oscuro matorral, donde centellean sus uñas, que se unen y se separan conforme la lengua del jorobado trata de introducirse allí antes que ellos. Pues si el dorso de esa mano le niega la entrada para salvaguardar los principios mantenidos tres horas antes, la palma ya húmeda se da cuenta de su vanidad, cómplice

ya de los dedos que resbalan más adentro de lo que hace falta.

EL COLOSO: Queriendo poner la vida del espíritu a salvo de la muerte espiritual, nuestro autor creó la doble sustancia donde el espíritu se hacía solidario de un lugar oscuro, esa carne, imagen del secreto que toda voluntad creada comparte con él. Pero nosotros descubrimos esa traición que se nos hacía y fuimos a nuestra vez a la carne a llevar la corrupción por el espíritu, que no es más que una búsqueda de la inteligencia de los signos. Entonces él, la más simple y la más secreta de las naturalezas, él, se hace doble naturaleza y viene a ocupar ese lugar oscuro para hacerse él mismo el signo, indescifrable para nosotros, y permitirles a ustedes sobrevivir a nuestra indiscreción; pero cualquiera que rechace con nosotros ese signo indescifrable como una mistificación en vez de adorarlo como un misterio, sabe muy bien que la palabra no es más que una encarnación de la traición y los movimientos de la carne, la pantomima de los espíritus. Pero ¿adónde quiere usted llegar, señora? Con una mano persigue usted a los escribas del Vaticano, con la otra suprime las obras de los pornógrafos. No hay resurrección de la carne, les dice usted a unos, y está muy bien. ¿Pero qué derecho tiene para prohibir a los otros repetir esa verdad con nuestro estilo mímico? No hay redención del espíritu mediante la carne perecedera, desde luego; ¿pero entonces por qué la defiende usted como un inviolable silencio? ¿No está pues de parte de la pantomima? ¿Y si no ama usted la pantomima, por qué diablos hace usted callar a los actores?

Liberada de su calzón en forma de faja, pero con la mano derecha aprisionada en el puño del caballero, jamás le ha parecido a Roberte estar tan desbordada por su propio cuerpo que tiene que defender, por tantos pliegues que tiene que cubrir, por tantas redondeces que sustraer,

para lo cual la mano que permanece libre no puede bastar, cuando ya entre las nalgas de la inspectora se insinúa la rodilla del caballero y a lo largo de sus muslos ella siente el cuero de las botas hasta la corva de sus piernas dobladas. Aunque de alta estatura también ella, Roberte empieza a sospechar la estatura monumental de su agresor; abrazándola bajo el pecho, la aprieta con fuerza contra los galones o las guarniciones de un dolmán que ella adivina a lo largo de su propia espalda a medida que un temblor desciende de su nuca hasta la abertura de su culo. Eso que siente encima de su cintura ha de ser sin duda la hebilla de un cinturón que se incrusta en su espalda; cinturón que no se decide a desabrocharse y Roberte siente que sus propios dedos se prestarían ya a desabrocharlo para pasar ligeramente más abajo; pero más abajo no hay nada preciso, ese nada preciso que como una llama se acerca y se aleja enseguida; cuanto menos haya allí donde debería haber un crecimiento perentorio, más hace arder el contorno de sus propias nalgas la expectación de Roberte; presa del vértigo y en ese vértigo como dotada de una vista infame, las ve, sus propias nalgas, contraerse y abrirse hacia su apertura, a medida que ante sus propios ojos el guante juguetea cada vez más con los pezones de sus pechos, que apuntan, enloquecidos, hacia el vacío, y que la atención ajena que los despierta anula lo que todavía le queda de voluntad en el brazo que tiene muellemente estirado sobre su vientre, el codo sobre el ombligo, la mano puesta sobre su vello, esa larga mano que, al contener su utrumsit, no la obedece ya más, porque cuando el Coloso le suplica:

—Si quiere que guardemos silencio sobre lo que estamos haciendo, desautorice a su cuerpo, confiese la existencia del puro espíritu. Si nosotros somos evocables, su cuerpo es revocable todavía. ¿Cómo podría ser tan delicioso si no es gracias a la palabra que encierra? No depende más que de usted expresarlo, por miedo de llegar a lo irrevocable. Evite pues esos pensamientos, hable y desapareceremos. ¿Se calla? Obremos.

Con un violento golpe de rodilla dado entre las nalgas, la obliga a abrir ampliamente los muslos; los dedos de Roberte dejan escapar todas las volutas de su utrumsit a la cara del jorobado. Todavía opone su mano al rostro de su delator en la sesión, y complace a Octave que el aborto vea la palma levantada de la inspectora, antaño secamente posada sobre las palabras destinadas a ser proscritas, y ahora húmeda y humedecida por su propia cogitación, el barniz de las uñas empañado ya por una innombrable unción; bastará un último golpe de lengua del jorobado en esa palma satinada de superchería para que Roberte vea ella misma el matorral de su vello abrirse sobre su propia flagitación; ¿es la lengua del jorobado la que se agita allí? De ningún modo. Es su propia impertinencia la que emerge en brotes: con un movimiento, el guante, dividiendo el vello sobre el utrumsit de Roberte, vasto y profundo, descubre por completo el quidest de la inspectora; y como ella quiere todavía cubrir con su mano ese atributo de su silenciosa arrogancia, de tamaño insospechado, el coloso toma el quidest que se yergue prodigiosamente entre los dedos de cuero de su agresor.

EL COLOSO: Su estallido de risa, señora, nos veja; capaz de hablar, usted se calla y, fingiendo callarse, se burla… ¿Era ésa la verdad que le importaba, la que pronuncia ahora su carne, o hay una en ese lugar oscuro en el que iremos a buscarla?

Si acaso piensa ella apartar de la vista de su espía lo que niega todavía, levantando la rodilla, enseguida el jorobado, pasando bajo sus muslos, se adueña de la redondez de sus nalgas y la desembaraza: las separa al fin.

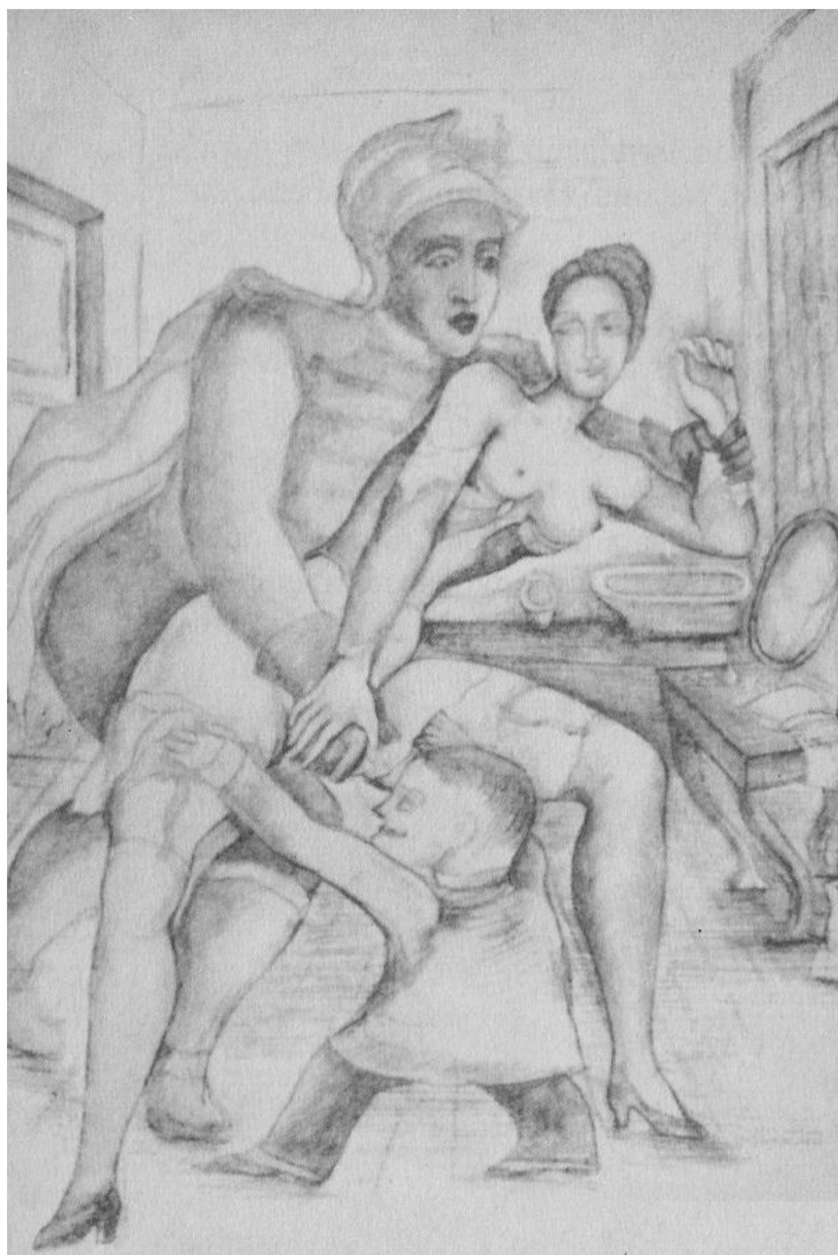
EL COLOSO: Sepa, señora, que la sombra de una duda que proyectase en usted un pensamiento más profundo por amor al silencio de lo que sería el suyo por odio a la palabra, no sabría llegar más que a su refutación

irreductible, y he aquí que, en esa carne fraudulenta, comparte usted con nosotros el destino de las sustancias simples que subsisten a su muerte…

Ante esas palabras, Roberte no sabe si se estremece de vergüenza porque la sentencia viene a ejecutarse, enorme e hirviente, entre sus nalgas, o si transpira de placer, porque esa sentencia fuerza ampliamente su vacuum; pero mientras el sedcontra penetra a la inspectora hasta el grado de confundir en ella la dureza de la aquiescencia con la elasticidad de la pena, Roberte no ha podido evitar el movimiento del guante que sobre el quidest de la inspectora, en monstruosa erección, coloca el anillo que acaba de arrancar de su dedo; al mismo tiempo el sedcontra se retira del vacuum, por donde Roberte suelta tres pedos.

EL COLOSO: Por lo demás, si la carne no es más que un engaño, la palabra no es más que viento; es pues espíritu.

Después, tomando los dedos de Roberte, la obliga a poner ella misma su quidest en el más perfecto estado; de manera que, anillado, alzado en toda su untuosa insolencia, este último es engullido por el jorobado; tanto y tan bien que la inspectora, no pudiendo contenerse más, inunda con su canallada el paladar de su espía…



Intermedio

Hay que reconocer que Roberte limita a Roberte del mismo modo que la representación que me hago esta noche de Roberte está limitada por las circunstancias de la agresión que ha sufrido, tanto como esas circunstancias lo están en relación con todo lo que esta agresión podía tener de más perfecto todavía.

Si Dacquin condenaba la impaciencia de mi espíritu ante una Roberte indeterminada, impaciencia que lo hace incapaz de reconocer al menos que su naturaleza no implica en sí la determinación, ya sea por la espera en ella de una agresión (el reverso de mi impaciencia), ya sea por el agresor o por mi propia representación —aun cuando pueda convertirse en el objeto del uno o la otra—, Hochheim, por su parte, se inquieta más particularmente por la insinuante locución conjuntiva de mi espíritu: aun cuando… y se preocupa con solicitud de este paso al subjuntivo en mí, que va de Roberte indeterminada a su determinación por una mezcla de forma y de materia, gracias a la cual no podría escapar al más atrevido; paso que apenas realizado se vuelve ya hacia la referencia insaciable de Roberte, entregada a Victor, a Roberte, que sigo representándome y que se entrega ella misma y perpetuamente se refiere a mi más emprendedora curiosidad. Allí, en efecto, Roberte traiciona su disimilitud en el seno de su similitud con mi absoluta curiosidad. Puesto que toda forma creada subsistente posee al ser y no es su ser —como dicen—, es necesario que la Roberte que yo me he representado reciba esta representación de esta noche y, por consiguiente, se vea reducida por su parte a los límites de cierta naturaleza, de

creer a Dacquin. No es por tanto sorprendente que Hochheim, preocupado por mi estado, me hable antes de Roberte susceptible de ser representada en cuanto que establece un sujeto: la Roberte de esta noche, en su actitud de mujer que espera ser sorprendida por un intruso deseable, y que después afirme que es la Roberte susceptible de ser representada la que confiere su realidad a la Roberte asaltada esta noche.

Ahora bien, la manía de Hochheim —en la que él ve un método saludable para mi espíritu— es distinguir, en la actualidad de Roberte, esta noche, dos tipos de causas, una que él dice ser final, Victor, y que permite a Roberte hacer que la asalten esta noche (sin haber previsto sin embargo a Victor), y una causa formal, mi curiosidad, que aporta lo que Hochheim, en su jerga, llama la quididad de su existencia (en este caso la sorpresa de Roberte esperando ser sorprendida por Victor). Se podría decir aquí que antes de que la Roberte indeterminada de Dacquin se informe —como dicen— en cuanto Roberte esperando ser asaltada, sorprendiéndose de serlo por Victor, se encuentra, si mi curiosidad la ha especificado ya como Roberte ante la espera de ser asaltada, en una determinación todavía relativa en relación con Roberte esperando ella misma ser asaltada por la noche y, llegada la noche, sorprendida de haberlo sido por Victor. Se presenta por consiguiente una limitación de Roberte en el instante mismo en que Roberte asaltada por Victor me es actual. Pero Hochheim decía que es la causa formal —mi curiosidad— la que confería a Roberte la quididad de su existencia. La forma, en el lenguaje de Hochheim, es una perfección ilimitada en el sentido de que entraría en la perfección de las perfecciones, del mismo modo que las circunstancias de la escena esta noche (la materia, dicen) dan a la forma de mi curiosidad su carácter definido; así la Roberte que espera ser asaltada recibe de la Roberte asaltada su propia limitación.

Mi impaciencia ante su indeterminable naturaleza, mi curiosidad, que confunde esa impaciencia con la espera

misma de Roberte, mi curiosidad, digo, por haber querido explicitarse como perfección de perfecciones en Roberte esperando ser asaltada, habría permanecido pues más acá de sí misma, desde el instante en que se convertía en preocupación de la perfección, y que por esa preocupación, haciendo de la espera de Roberte su sorpresa, no conducía su actualidad sino junto con su limitación, porque si mi curiosidad confería así la quididad a Roberte esperando ser sorprendida, de antemano la causa final quería que Victor la asaltara esta noche de la manera que lo ha hecho. Ahora bien, del mismo modo que las circunstancias de esta noche, después que se han producido, aspiran todavía a la forma que tienen en mi curiosidad, así las variaciones infinitas que esas circunstancias han excluido al producirse aspiran a tener siempre más actualidad. Actualidad enseguida limitada, me hace observar Hochheim, que quisiera verme suspendido en esa aspiración. Sin duda, comparto con él lo que llama la tensión entre la forma y su actualidad; entre la Roberte que debe ser asaltada y mi representación de la Roberte que espera serlo —diría yo mismo— una vez más. Pero, como su espíritu se mueve en regiones que están mucho más allá de la cloaca en la que el mío se revuelca, no ve en eso también más que una simple y pura degradación, por parte de mi espíritu, de la tensión entre la criatura y el ser increado de todas las cosas, entre lo que es puesto fuera de su causa y la causa misma.

III
Donde se adelanta lo que había que demostrar

En la casa de Octave, en el salón, hacia el fin del día. Roberte, Octave, Antoine.

ROBERTE: Al menos, hubiera podido preguntarme mi opinión antes de contratar a su Victor como preceptor de Antoine.

OCTAVE: ¿Más recriminaciones? Me parecía que contaba con su aprobación tácita.

ROBERTE: ¡Tácita! ¡Qué mala fe!

OCTAVE: ¿Qué sentido tiene empezar de nuevo la discusión? ¿No me dejaba usted completa libertad para tomar la iniciativa respecto a ese tema? Además, Antoine ya está en edad de dar él mismo su opinión para que nosotros la tengamos en cuenta. Se entiende a las mil maravillas con Victor.

ROBERTE: ¡Evidentemente! El tal Victor tendrá con qué divertirlo contándole sus avatares: en el Vaticano o entre los criminales de guerra o entre los modistos…

OCTAVE: ¿Qué me está diciendo? El Vaticano, los criminales de guerra, los modistos…

ROBERTE: Usted comprende perfectamente esos sustantivos.

OCTAVE: Confunde todo, pobre amiga mía, y lo hace adrede.

ROBERTE: ¿Yo? Al contrario, distingo lo que está tan maravillosamente mezclado, ordenado en su ortodoxia. Y ahora, Victor viene a ser exactamente la crema sobre el pastel: oficial de la guardia pontificia, danzarín mundano…

OCTAVE: Lo único que puedo advertir en sus palabras debe de ser su prejuicio contra la guardia pontificia, ¿o su rencor contra el danzarín mundano que ha vuelto a convertirse?

ROBERTE: No cambie de conversación. Hacía falta, es cierto, ese individuo desorientado, lleno de complejos de inferioridad, con toda la arrogancia compensatoria que eso presupone, ese perfecto parásito, ese agente de la degeneración oscurantista para dirigir a un niño tan nervioso como Antoine.

OCTAVE: Querida, reconozca al menos que todo eso es falso, tanto más falso cuanto que las necesidades de la Iglesia le son incomprensibles: es parte de su tarea poder moverse en un mundo tan convulsionado como el nuestro, entregado a imprevisibles metamorfosis, necesita agentes flexibles…

ROBERTE: Agentes flexibles, mi pobre Octave; recordaré lo que dice; agentes flexibles y aptos para las imprevisibles metamorfosis, hablemos de ello: ¡un paracaidista de la Santa Sede que cayó aquí como preceptor de su sobrino! Es lo que cabía esperar de un apologeta del contrabando de su índole…

OCTAVE: Esperaba ese fuego abierto. Para empezar, ¿a qué viene eso del paracaidista de la Santa Sede y el apologeta del contrabando que sería yo según usted?

ROBERTE: … contrabando que consiste en hacer pasar

al ateo por un perverso y al perverso ateo por un cristiano en potencia…

OCTAVE: Dígame, ¿de qué habla?

ROBERTE: ¿Quién le dio a Antoine el libro que leía apenas ayer? ¿Se lo dio usted, o Victor? ¡El solo título basta para hacer vomitar: *Sade, mi prójimo*!

OCTAVE: ¿Hacer vomitar a quién?

ROBERTE: A todo ateo que se respete. Por lo que respecta a su Sade, se lo cedo encantada. ¡Pero la manera de usarlo para tratar de convencemos de que no se podría ser ateo sin ser al mismo tiempo perverso! ¡Como perverso, se insulta a Dios para hacerlo existir, uno cree pues en él, prueba de que se le adora secretamente! Así creen poder asquear al incrédulo de su sana convicción; operación fácil, es cierto, porque todo espíritu enfermo ha estado siempre maduro para el cristianismo… para el cretinismo, habría que decir.

OCTAVE: ¡Cállese!

ROBERTE: ¡Me toca hablar a mí, si no, denunciaré a su paracaidista!

OCTAVE: Así que hablará de todos modos. Pero ¿qué quiere decir con que denunciará usted a mi paracaidista?

ROBERTE: Sólo me importa una cosa: salvaguardar el buen sentido de Antoine, que está intacto todavía. En vez de eso, ¿qué hace usted? Lo lanza a los brazos de ese aristócrata degenerado que, para empezar, ha renunciado a la guardia pontificia…

OCTAVE: Eso debería tranquilizarla, por el contrario…

ROBERTE: … a propósito de no sé qué escándalo de juego o de perversión de menores; que después se pone a maniobrar como sabandija de salón en casa de una turista americana en Capri; que, cuando el Reich ocupa Roma, resulta oficial de enlace fascista adscrito al Estado Mayor nazi, luego agente secreto encargado de vigilar el Vaticano; que, bruscamente, desaparece hasta que sucede el caso del campo de rehenes comunistas…

OCTAVE: ¿El caso del campo de rehenes? ¡Escucha con cuidado, Antoine!

ROBERTE: Allí, apenas unas horas antes de la liberación de Roma, los infelices, encerrados en las canteras desde hacía meses, ven caer del cielo a un paracaidista que toca el suelo, sosteniendo una custodia…

OCTAVE: Es demasiado bello para ser cierto…

ROBERTE: Es horrible y es cierto…

ANTOINE: Por tanto es cierto porque es horrible…

ROBERTE: Probablemente, ¿y qué sucede entonces? Unos, en su desolación, se ponen de rodillas, los otros temen que sea una trampa, empieza una pelea y la milicia fascista dispara sobre la multitud. Parece ser que se trataba de una apuesta entre el comandante nazi y el paracaidista, al menos eso pretenderá este último que no es otro que su Vittorio de la Santa-Sede. Si muestro la hostia a sus rehenes, todos, comunistas o no, la adorarán —le había dicho al parecer a Binsnicht, comandante nazi del campo, el cual a cambio había aceptado, según eso, liberar a los rehenes y entregarse como prisionero, si ganaba Santa-Sede.

OCTAVE: ¿En qué momento hubiera podido hacer

semejante apuesta?

ROBERTE: De cualquier forma, unos momentos después, el campo de rehenes, reducido al estado de camposanto, es liberado por los aliados; al mismo tiempo que el comandante nazi, Vittorio es arrestado como cómplice o como provocador y, desde luego, desautorizado por el Vaticano. Encarcelados uno y otro en una fortaleza, Victor es liberado muy pronto. Sigue en contacto con Binsnicht, que debe ser juzgado como criminal de guerra y le confía documentos personales; pero un año después del fin de las hostilidades, la justicia anglosajona le concede a Binsnicht una suspensión del juicio; él mismo considera prudente cambiar la identidad y acepta sustituir la suya por la de Santa-Sede. Binsnicht le ha dicho confidencialmente a Vittorio que tiene una cita en Suiza con un industrial argentino, partidario del nazismo, que organiza el paso a Argentina de todo nazi amenazado. Ese argentino sabe que Binsnicht se presentará con la identidad de Vittorio. Pero apenas es visto en una esquina de Milán, el alemán es reconocido por un ex prisionero del campo, que en vez de denunciarlo amotina a la multitud; Binsnicht es asesinado. En tanto, a Vittorio se le mete en la cabeza representar impunemente el papel de Binsnicht. Se presenta en Suiza ante el argentino, que no conoce a Binsnicht de aspecto e ignora que el alemán ha sido linchado. El espera verlo llegar con el nombre de Vittorio. Recibiendo a Santa-Sede, cree estar tratando con Binsnicht.

OCTAVE: Vittorio hace pasar por tanto su verdadera identidad por la falsa identidad de otro. Antoine, fíjate en ese detalle. Vittorio habría buscado encamarse en un criminal de guerra.

ROBERTE: Se trataba simplemente de sacar provecho de

los documentos de Binsnicht de los que Vittorio se había servido para redactar unas memorias imaginarias: el argentino debía comprarlas por una cantidad considerable.

OCTAVE: ¡Ah, caray! ¿Usted ha visto esas memorias?

ROBERTE: Pero he aquí que los periódicos anuncian que el linchado Binsnicht había sido identificado como tal por unos oficiales americanos. ¿Dónde va a esconderse Vittorio a punto de ser perseguido por falsario y por impostura? En un convento benedictino; y como allí le hace confidencias al prior, este último manda venir a uno de sus monjes; es Binsnicht en persona que, lejos de haber sido asesinado en Milán, no ha hecho más que preceder a Vittorio en ese alto lugar, con el nombre de Vittorio. ¿Cuál de los dos es Santa-Sede, cuál de los dos es Binsnicht? Sólo el prior debe saberlo. De todos modos, después de un nuevo eclipse, Vittorio vuelve a encontrarse asociado a un modista parisino con el que se pelea por haber mandado hacer una orden de trajes para un ballet que no existía.

OCTAVE: ¡Un ballet que no existía! Si su diseño es exacto, confiese que todo eso es muy brillante.

ANTOINE: ¡Apasionante, tía Roberte!

OCTAVE: Lo único que me sorprende es que sea usted la que nos lo dice, que sea precisamente usted la que nos da esos detalles. Usted omite sin embargo una última encarnación…

ROBERTE: ¿Cuál?

OCTAVE: Vittorio, intendente de Madame de Watteville en Ascona.

ROBERTE: ¿De Madame de Watteville en Ascona?

OCTAVE: Y omite un detalle… que la concierne…

ROBERTE: ¿Un detalle que me concierne?

OCTAVE: El hecho de que él la haya salvado del fuego en la casa de Madame de Watteville.

ROBERTE: El me ha salvado del fuego… ¡¿Qué?!… ¿Era él?

OCTAVE: El mismo, querida, el «criminal de guerra». Debería ser la primera en saberlo.

ROBERTE: Me ha ocultado usted su nombre, es vergonzoso, estaba usted pues perfectamente al corriente.

OCTAVE: Desde luego, pero no podía prever sus maniobras junto a la chimenea para prevenirla un instante antes.

ROBERTE: ¿Mis maniobras? ¿Qué insinúa? Su sobrino le debería…

OCTAVE: Antoine le está demasiado agradecido por ese gesto caballeroso… tanto como por el suyo.

ROBERTE, *turbada*: ¿El mío?

ANTOINE: Tía, todo respeto humano ha sido abolido por la cruz.

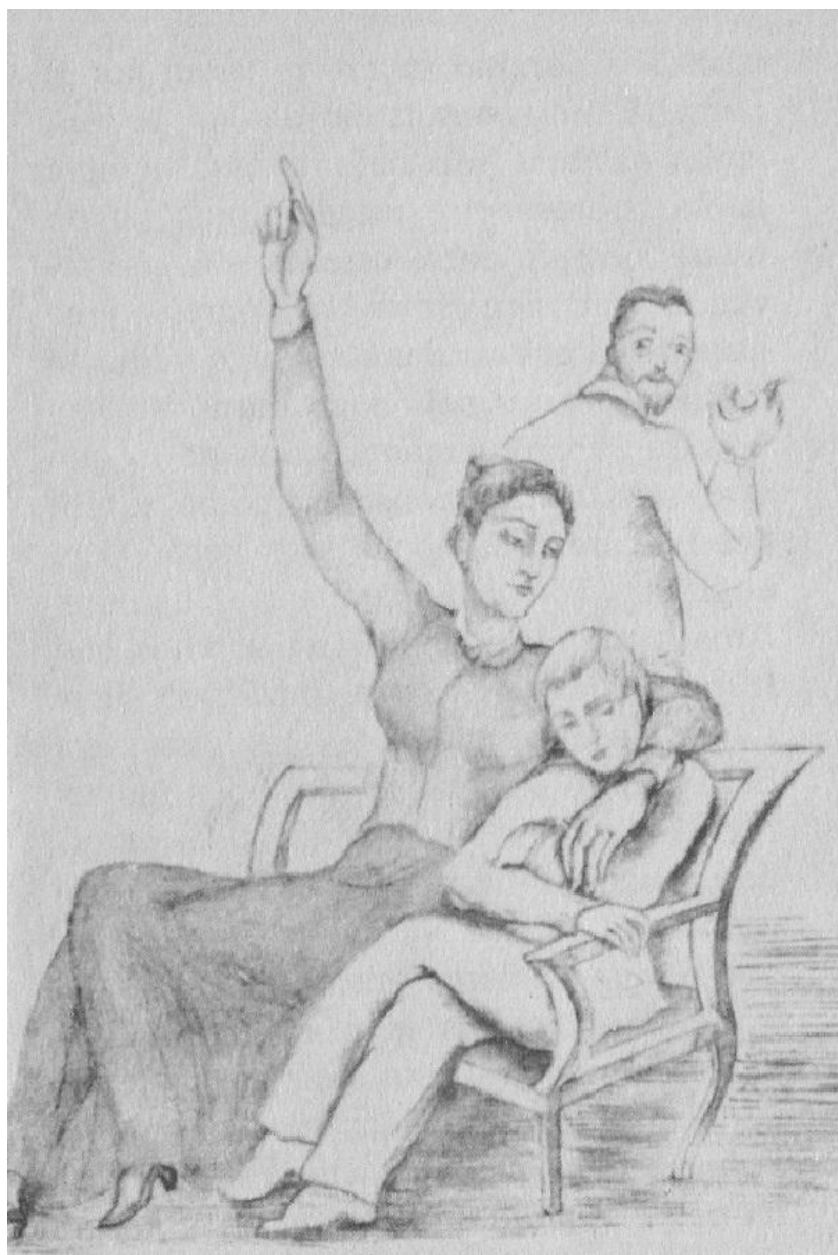
ROBERTE: ¿Qué dices? ¿También tú empiezas a disfrazar las puras insolencias convirtiéndolas en falsas blasfemias?

OCTAVE: ¡Antoine, tendrás un «criminal de guerra» por preceptor!

ANTOINE: Ni blasfemo ni me permito insolencias, tía Roberte. A partir de Cristo ya no hay moral humana que valga.

ROBERTE: ¡Así que el Hijo de su Dios murió para permitirles ultrajar mejor a su prójimo!

ANTOINE: Fue necesario que Dios dejara matar a su único Hijo para que recordemos desde entonces que ninguna ley humana podría jamás impedir que los hombres maten a otros hombres.



ROBERTE, *calmándose, acariciando a Antoine*: ¿No entiendes que tu Cristo ha hablado precisamente contra tales argumentos? ¿Y no lo unieron vergonzosamente a lo que quería destruir? ¿La idea de un dios que aseguraría la impunidad del crimen entregando a su hijo al verdugo? ¿No te das cuenta de que Cristo fue el primer hombre sin Dios? Mostrando cómo hay que vivir con bondad, porque ningún Dios lo ordena, con justicia, porque ningún Dios la retribuye, con verdad, porque ningún Dios la revela; porque ¿qué quiere decir: sólo Dios es bueno, si no es que la sola idea de Dios dispensa al hombre de ser bueno, justo y verdadero? ¿No es adrede como se le hace decir que nadie podía seguirlo si no cargaba su cruz? ¿No era acaso para hacerle representar el papel del Hijo sacrificado por el Padre, ese Padre que no es otro que el destino reconciliado o no? El único milagro, en efecto, que advierto en la historia de su vida es que Él, el enemigo de los curas y de su dios, Él, el primer ateo, ha sido convertido en el Hijo del ídolo monstruoso que pisoteaba durante su breve pasaje por la tierra. Él, el consolador de los pobres, cuyas palabras son deformadas: siempre habrá pobres entre ustedes, pero yo no estaré siempre entre ustedes —lo que recuerda que siempre habrá pobres— y se hace de Él el pobre único y uno ya no se inquieta por los pobres en masa. No hay más que unas cuantas palabras de Él que estoy dispuesta a conservar como auténticas: El hombre no ha sido hecho para el Sábat, sino el Sábat para el hombre. Ama a tus enemigos. Bendice a los que te odian. Hay una frase quizá que sigue siendo la clave de todas las otras que haya podido pronunciar, de todos sus actos: No juzguéis si no queréis ser juzgados vosotros mismos como habéis

juzgado a los demás. No hay pues otro juez que el que nosotros mismos instituimos. Nada invalida más la existencia de un juez eterno y nada ha sido más fraudulento que adjudicarle las profecías sobre el juicio final, a no ser que ese juicio, si ha de ser el último, no sea la suma de consecuencias de esta terrible enfermedad a la que tenemos que buscar un culpable, y si el inocente ha expiado ya por él, ¿qué sentido tiene otro juicio? Pues esa ausencia de un juez eterno y la imposibilidad de juzgar que se deduce de ella, constituyen la única verdad con la que se identificaba: la ausencia de verdad. De ahí la necesidad de amar hasta a nuestros enemigos, de soportar las injurias y de aceptar todo sin retribución, infelicidad o felicidad. De ahí sobre todo la imposibilidad de otorgar un alma inmortal como si después de esa inmortalidad pudiéramos oprimir a nuestro prójimo o llenarlo de bendiciones, considerar sus méritos y concederle una felicidad o un castigo a la medida de esa inmortalidad. ¡Bonito medio de consolarse de los males o de las irreparables ofensas sufridas por la inconmensurable masa de desdichados que no han deseado otra cosa que el fin de su existencia! ¡Y entonces, ¿qué?! Debe haber una resurrección de la carne, no sólo para la visión beatífica de unos, sino también para la pena eterna de otros. ¡¿Hay una representación más atroz que la que nos muestra al dulce crucificado en el momento de resucitar a los muertos para hacerlos sufrir para siempre?! ¡¿Qué medida común puede haber entre la eternidad, si la hay, y cuya idea nos inspira semejantes maldades, y el instante de un error, o sea de un crimen cometido en ausencia de todo discernimiento cuando nos ha sido dicho: No juzguéis?!

OCTAVE: Puesto que unas almas inmortales no pueden producir más que actos igualmente sin fin, ninguno

de nuestros gestos, ninguno de nuestros pensamientos serán abolidos jamás; ni siquiera las palabras que pronuncia usted en este momento.

ROBERTE, *rodeando con su brazo a Antoine, que se extasía al ver la mano de su tía sobre su hombro*: Quisiera hacer comprender a Antoine que nada tendría precio aquí abajo si no tuviéramos que admitir que nuestro aniquilamiento es seguro: nada nos preocuparía, ni siquiera la posibilidad de una vida eterna. Pero supongamos que nos sea concedida esa eternidad, yo respondo con esta frase que es quizá la esencial de la pura doctrina atea: la caridad no busca su interés. Poco le importa el riesgo de perecer o de no perecer jamás, poco le importa la eternidad de las penas o de la visión beatífica…

ANTOINE: … ¡Pero la caridad no es otra cosa que Dios mismo!

ROBERTE: … Poco le importa, te digo, que la llames dios si te atreves, ese dios que anima a los hombres a la licencia después de habérsela prohibido, con el pretexto de que la sangre de su hijo ha expiado todo de antemano y que basta con creer en ello, basta con la garita del confesor para echar tierra. Pero si quieren que me detenga un instante en su Cristo, que por otra parte no se preocupa en lo más mínimo de que lo tome en serio o no, dado que él es esa caridad, la única lección que podemos sacar de sus palabras: amad a vuestros enemigos, es que no podemos ni siquiera saber quién es nuestro prójimo, puesto que no debemos juzgar en lo absoluto.

OCTAVE: Si no es un juez eterno y por tanto inmutable sobre nosotros el que nos advierte que no juzguemos por nosotros mismos, y si se trata sólo

en este caso de la sentencia de cualquier sabio oriental al que usted reduce a Jesús, es posible entonces que ése sea, al contrario, el peor consejo que pueda seguirse; y que usted ha rechazado ya; ¿no acaba de juzgar a Victor?

ROBERTE, *aturdida y ruborizándose*: No he juzgado… de persona a persona… sino en nombre de… en nombre de…

OCTAVE: ¿En nombre de algo en todo caso? ¿En nombre de qué, pues?

ROBERTE: En nombre de la situación histórica de nuestro tiempo, que es quizás el único criterio que tenemos aquí para saber a quién nos enfrentamos, para establecer lo que somos, lo que debemos evitar ser de nuevo, en lo que somos capaces de convertirnos. ¿Su Victor?, ¿o mejor el amasijo de cosas que lleva ese nombre? Pues bien, es ese producto histórico el que juzgo de acuerdo con el estado de nuestra sociedad, un ser degradado que para subsistir se desliza unas veces dentro de una forma de diversión, si me atrevo a decirlo, apreciada actualmente en cierto medio social, otras veces dentro de otra forma, anacrónica, que todavía funciona en el medio de usted. Porque, después de todo, ¿qué quiere usted que piense de un individuo que entre el Vaticano y la Rue de la Paix experimenta la necesidad de jugar al «criminal de guerra»? Simplemente es abyecto.

OCTAVE: Quizás una necesidad de vivir la angustia de otro.

ROBERTE: ¿Hay una angustia mayor que la de tener que atribuirse falsos crímenes? ¿A un hombre que ha llegado a esos extremos le confiará usted Antoine?

OCTAVE: ¿Y la caridad, Roberte, pura esencia de la

doctrina atea?

ROBERTE: ¿Se burla usted de mí? Quizá la caridad consistiría en enseñar a trabajar a su Victor; lo hace a su manera, ojalá tenga éxito; pero no le ayuda en nada confiarle un adolescente. ¿Qué gracias tiene? ¿De comparsa, de periodista, de acróbata o de conversador? No tengo nada que objetar a eso. Pero si además empieza a teologizar, permita que me inquiete. Sin duda tiene que comprometer cada vez el éxito de lo que intenta hacer: ¿de qué quiere castigarse? ¿De haber traicionado a la Santa Sede o de ser demasiado apuesto? Sin duda, no es lo suficientemente superficial ni ha descendido suficientemente al fondo del abismo. ¡Déjelo pues donde está! Probablemente es demasiado tarde, y no tengo ninguna justificación para inmiscuirme. ¿Qué más quiere que le diga si no es que en él encontramos uno de los fenómenos pintorescos de este siglo, divertidos, emocionantes para usted, estoy de acuerdo, pero inquietantes apenas quiere uno que contribuyan a la educación de un joven, y que para decirlo de una vez proceden de esa especie de parasitismo psíquico que constituyen en nuestros días la religión, el arte y la literatura? Esos son los tres monstruos que alimenta la obsesión contemporánea de la que viven: la religión con la noción del pecado original sigue siendo su gran conseguidora; el arte y la literatura son sus grandes explotadores; y si fingen oponerse a la primera hoy en día, los tres siguen entendiéndose por completo para sacar provecho de la gran atracción de nuestra época, la de ese mal irrealizable que usted persigue en vano a costa de la imagen de la mujer… esas torturas fingidas… que usted nos inflige y sin las cuales… parece que los hombres de nuestro tiempo son incapaces de fecundarnos…

OCTAVE: ¿Qué quiere decir? ¿Esas torturas fingidas? ¿Se trata o no de torturas?

ROBERTE: Tanto más cuanto que tratando de hacemos sufrir y no lográndolo de una vez por todas, nos hacen sufrir aún más por su impotencia.

OCTAVE: Lo único que está haciendo es definir para Antoine el pecado original…

ROBERTE: Definición bastante paradójica, desde mi punto de vista, y que sólo le satisfaría a usted. No, el hombre es incapaz de hacer el mal, pero lo que lo incita a hacer sufrir y a sufrir por ello mismo es que cree lograrlo. Por eso hay que destruir los residuos de esa noción de la Iglesia que les hace creer que lo han logrado gracias a nosotras, y toda esa literatura que mantiene su leyenda y perpetúa su imagen.

OCTAVE: La Iglesia y el arte, querida, que usted quiere destruir, nos purifican de todas nuestras lacras mediante el constante recuerdo de la muerte; todo es lacra aquí, todo es serenidad más allá, por haber superado a la muerte. La religión y el arte son nuestra única dignidad…

ROBERTE: Sí, ya lo sé, ustedes están muertos. ¡Vivan pues, y pongan su dignidad en no abusar de un ser! Porque, ¿de qué se trata si no de esa necesidad de abusar? Por no haber sabido eliminar esa necesidad de la de reproducirse, se ha fabricado esa noción del pecado original.

OCTAVE: Al contrario, es para eliminarla…

ROBERTE: … ¡Pero el fracaso es flagrante! Porque si yo sólo puedo tener hijos de un hombre a condición de representar el papel de víctima para permitirle representar el papel de verdugo sobre mí, si no es

más que con la idea de hacer el mal como me fecunda y si la sola idea de hacer algo natural lo vuelve impotente, por esa noción de pecado con que la Iglesia marca el acto carnal, puesto que el sacramento del matrimonio no es más que un perdón que le concede, el hombre sacia todavía una vaga necesidad de mal, tiene vergüenza de realizar un acto natural; de modo que la obra de la carne, imperdonada o perdonable, implica siempre la idea de hacer un mal…

OCTAVE: Sólo así se convierte en un acto del espíritu…

ROBERTE: Rechazo al espíritu si su precio es una enfermedad…

OCTAVE: Sin duda desde el punto de vista del animal el espíritu es una enfermedad; vea qué triste es, en una palabra, el destino de un perro fiel. Pero para el hombre, contentarse con realizar actos naturales no es solamente una renuncia, no es solamente un aburrimiento: es una pena profunda; tenemos algo mejor que hacer, qué digo, somos responsables de algo más alto, y si es gracias a la idea del mal como podemos salir de nuestros límites, bendita sea esa idea que usted considera una ilusión…

ROBERTE: … Perdone, amigo mío, según su Iglesia, hasta donde puedo saberlo, ¿el mal consiste en negar lo que usted llama la vida espiritual?

OCTAVE: Desde luego.

ROBERTE: Y sin embargo, si es gracias a la idea del mal como podemos salir de nosotros mismos, ¿nuestra capacidad de negar el espíritu sería una manera de permanecer fieles al espíritu?

OCTAVE: Eso es exactamente.

ROBERTE: Eso es exactamente absurdo: ¡yo, que niego el espíritu, con ello no hago entonces sino ser más espiritual!

OCTAVE: No, todavía no, querida, puesto que la idea del mal no tiene la virtud de ponerla fuera de sí.

ROBERTE: ¿Hay algo más irritante que querer llegar al bien mediante la tentación del mal? ¿Y no es eso precisamente lo que vicia desde la base todos sus detestables sistemas?

OCTAVE: Pero ¿qué es la tentación sino el movimiento de nuestra libertad que nos pone fuera de nosotros mismos?

ROBERTE: Para usted, sentirse fuera de sí no es más que una sensación mórbida que busca… encarnizándose sobre un ser para abusar de él…

OCTAVE, *con un aire hipócritamente soñador*: ¿Encarnizándome sobre un ser…?

ROBERTE: … Ese ponerse fuera de sí que sugiere a los demás, a fuerza de explicársela mediante sus dogmas «carcomíticos». Es eso exactamente lo que hay que destruir.

OCTAVE: Entonces, anule la conciencia humana.

ROBERTE: Al contrario, es a curarla de su infección dialéctica a lo que yo aspiro.

OCTAVE: ¿Para llegar a qué?

ROBERTE: A la ausencia de todo motivo de remordimiento.

OCTAVE: ¿Qué quiere decir eso?

ROBERTE: Suprimir la tentación.

OCTAVE: Diga simplemente la libertad, lo que equivale a apagar el espíritu.

ROBERTE: Todo lo contrario: a instaurar el orden.

OCTAVE: Mediante su servidumbre…

ROBERTE: Pero su servidumbre al bien.

OCTAVE: Vaya pues, querida, secularice siempre, secularice el orden celeste donde los santos pierden la facultad del mal, fijos como están para siempre en la visión del soberano Bien…

ROBERTE: … Que sin embargo, si alguna vez ha de hacerse, no se hará más que por los hombres y para los hombres, cuando, habiendo renunciado a su libertad, hayan aprendido de la ciencia y sus disciplinas un uso distinto de nuestros cuerpos en nuestras relaciones con los demás. En efecto, si la naturaleza del espíritu quiere la facultad de hacer el mal, perder aquélla debe ser la meta de nuestra empresa. No es de ningún modo la tentación de obrar mal, destinada a ser sobrepasada para merecer no sé qué fantástica beatitud, la que fija en el bien la voluntad, sino… la resolución de no lamentar nunca sus actos. Eso es lo que le enseñaría a Antoine.

OCTAVE: ¿Y cuál es el método de esa encantadora educación?

ROBERTE: … Consistiría en desafiarlo a sufrir fríamente la consecuencia de sus actos.

OCTAVE: Por tanto, si alguna vez se le ocurre la idea de asesinarme y de violarla…

ROBERTE: Esa tentación sólo podría asaltarlo bajo su influencia, puesto que ya está listo a creer que el

Hijo de Dios ha expiado todo por anticipado. Pero semejante idea disparatada no podría ni siquiera ocurrírsele desde el momento en que, liberado de toda representación de un Dios redentor, estaría prisionero de su sola voluntad; entonces ya no se trataría para él de salir de sus límites; sino que sus actos tomarían un peso tal que ya no dudaría entre lo que se trata de hacer y de no hacer.

OCTAVE: ¿Y si se engaña?

ROBERTE: Pagará.

OCTAVE: ¿No le tocaría pagar a usted, Roberte? ¿Pues por qué iba a pagar él su error?, ¿mediante qué pacto lo habrá ligado usted para acusarlo de haberlo roto? Para que él aprenda a no lamentar jamás sus actos no le quedará más remedio que precipitarse en la experiencia tan sólo para saber si no los lamentará, porque no solamente no habrá suprimido usted la tentación con el riesgo de hundirlo en la estupidez, sino también porque la ausencia de remordimientos se convertirá en su primera tentación. Porque si sabemos que su libertad pone nuestro espíritu fuera de nosotros, ¿hay necesidad todavía de una demostración? Así que con el pretexto de suprimir la representación del mal y de instaurar el bien sobre la ausencia de verdad, usted habrá condenado a unos seres al suicidio.

ROBERTE: Confunde usted, Octave, la ausencia de una verdad revelada con la situación del ser humano que debe forjarse su verdad porque ningún Dios la revela, y que es entonces su única situación verdadera…

OCTAVE: La desafío a demostrarnos la distinción que hace usted…

ROBERTE: Acepto el desafío, me ha puesto fuera de mí.

OCTAVE, *asustado de repente*: Roberte, no tiene usted más que un cuerpo para responder por su palabra.

ROBERTE, *con una extraña risa*: Y no tengo más que un espíritu para mantenerla. (*Y mientras que Octave sale como si huyera ante la aprehensión de algo insoportable, Roberte, disponiéndose aparentemente a salir, empieza a ponerse uno de sus guantes negros, dirigiéndose a Antoine*:) Y tú, Antoine, olvida esta discusión y, para emplear el lenguaje de tu tío, desconfía de la servidumbre a los puros espíritus, término más que pintoresco para designar las fuerzas oscuras que el trabajo y la razón disipan y la voluntad vence; desconfía de todas las máscaras que cada una de ellas puede tomar para engañarnos, a costa de la unidad de nuestra personalidad. No es en la aprehensión de un más allá donde se forma, sino en el contacto de la comunidad de los hombres y en el trabajo por los demás: satisfacer las necesidades de los más desfavorecidos por la fortuna es la mayor satisfacción a la que nosotros mismos podemos aspirar, es la única manera legítima de salir de nuestros límites. Libérate de la obsesión de una trascendencia dogmática y aprende a encontrar una trascendencia real en la solidaridad del trabajo: ésa es la única moral que puede darle un sentido a esta vida. No hay más espíritu puro que aquel que aísla ante un fantasma de Dios. Entonces, del ocio de la voluntad hecha para el prójimo nacen los malos pensamientos…

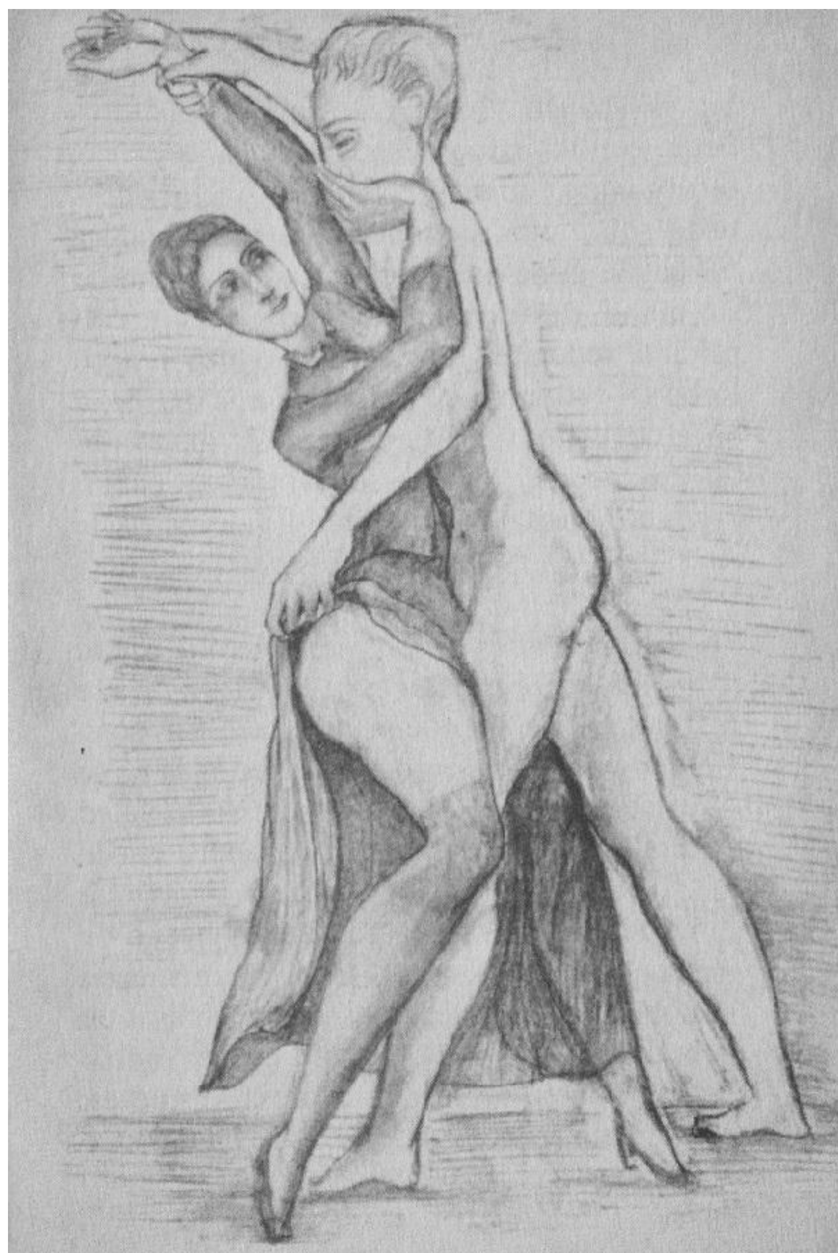
No ha terminado su frase, cuando Antoine ve a Victor entrar en el cuarto. Y como Antoine empieza a gritar: «No hable, quiero ver más…», Roberte se vuelve, se queda inmóvil ante la vista de Victor, y Antoine la ve así de perfil, con una de sus manos apretando un guante negro,

con dos dedos de su mano desnuda sobre la otra enguantada que en su estupor mantiene levantada, su severa mirada fija sobre Victor, que avanza con cierta solemnidad. Este último toma la mano levantada e inmóvil de Roberte, la desenguanta y tomándola de la muñeca levanta por detrás la falda negra de Roberte, descubre sus nalgas y empieza a acariciarlas. Roberte, con su mano desnuda, dejando caer el otro guante, quiere rechazar a Victor inclinado sobre ella, y viendo que se dispone a hablar, le pone sobre los labios la palma de su mano desenguantada. Pero mientras él palpa la redondez de sus nalgas, muy pronto Roberte, retirando su palma de encima de la boca de Victor, baja lentamente la mano, estira los dedos, toma el sedcontra de Victor, lo quiere apartar y sin soltarlo se echa hacia atrás.

VICTOR, *sosteniéndola por la muñeca, y con la mano sobre las nalgas de Roberte*: Su gesto, señora, prueba que cree un poco menos en su cuerpo y un poco más en la existencia de los puros espíritus. Y usted dirá con nosotros: en el principio era la traición. Si la palabra expresa cosas que usted juzga innobles por el solo hecho de ser expresadas, esas cosas permanecen nobles en el silencio: no hay más que realizarlas; y si la palabra no es noble más que en tanto que expresa lo que es, sacrifica la nobleza del ser a las cosas que no existen más que en el silencio; pues esas cosas dejan de existir en cuanto toman la palabra. ¿Cómo castigar, entonces, su ignominia? ¿No ha sacado a la luz del día esa inconsistencia que usted denuncia en vano como lo obsceno en sí? Ahora bien, como uno sólo conoce de las cosas falsas que es cierto que son falsas, porque lo falso no tiene existencia, querer conocer las cosas obscenas no es jamás otra cosa que el hecho de conocer que esas cosas son en el silencio. En cuanto a conocer lo obsceno en sí, no es conocer nada en absoluto. Por tanto, señora, las palabras que usted censura no han hecho más que fabricamos un cuerpo que nos ha sido negado a nosotros los espíritus;

destruyendo éste, afirma usted aquel en el que el traidor se ha encarnado. Denuncia a este último, rinda homenaje al cuerpo glorioso con el que nos han revestido sus autores: «Ojos para los fuegos de la concupiscencia, orejas para abrirlas a los malos discursos, una lengua para prostituirla a las calumnias, una boca para las solicitaciones de la gula, la virilidad para volverla hacia los excesos de la incontinencia, manos para consagrarlas al robo, pies para correr a los crímenes».

Después, con un solo movimiento, habiendo volteado a Roberte justo el tiempo suficiente para hacerle ver a Antoine las nalgas de su joven tía, sus muslos, sus corvas y sus largas piernas cubiertas con medias negras, Victor la instala sobre su sedcontra, sosteniéndola desde atrás por las dos muñecas, en tanto que ella recibe la prueba mayor, alzada sobre la punta de sus zapatos. Y como Antoine se ha ocultado detrás de una cortina, demasiado emocionado para soportar la visión, un ronco aullido lo sobresalta y lo obliga a mirar de nuevo: Roberte, con la falda levantada todavía, con una mano parece reajustar su faja o sus medias, mientras que con la otra, con la punta de los dedos, le tiende un par de llaves a Victor, que éste toca sin tomarlas jamás: pues el uno y la otra parecen detenidos en sus respectivas posiciones.



Notas

[1] Pero aquí es donde interviene un nuevo elemento que inicia un nuevo período: mi tío Octave advierte la insuficiencia de los medios de la vida concreta para alcanzar sus fines; cae en el más tenebroso misticismo. (*Nota de Antoine*). <<